

COMEDIA FAMOSA.

EL CONDE
DE SALDAÑA.

PRIMERA PARTE.

DE DON ALVARO CUBILLO DE ARAGON.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

<i>El Rey Don Alfonso el Casto.</i>	***	<i>Doña Ximena, Infanta.</i>	***	<i>El Alcayde de Luna.</i>
<i>El Conde de Saldaña, Galan.</i>	***	<i>Doña Sol, Dama.</i>	***	<i>Abenyucef, Moro.</i>
<i>Bernardo del Carpio, Joven.</i>	***	<i>Don Gaston, Caballero.</i>	***	<i>Monzon, Lacayo.</i>
<i>El Conde Don Rubio, Barba.</i>	***	<i>D. Bermudo, Caballero.</i>	***	<i>Soldados. Musica.</i>



JORNADA PRIMERA.

Salen Bernardo del Carpio y Monzon.

Monz. **H**Oy que la Aldea has dexado,
donde intratable has vivido,
y á la Corte te has venido:
hoy que en Palacio has entrado,
y el Rey honra con mercedes
á tu padre y mi señor,
para lucirte mejor,
ceñirte la espada puedes:
que aunque te ví muchos días
en la montaña en que estabas,
que las fieras sujetabas,
y sin armas las vencías,
no perdonando ambicioso,
terror de aquella maleza,
del Ciervo la ligereza,
la ferocidad del Oso
en tu edad, y aquí está mal
sin espada un Caballero.

Bern. Sin que mi padre primero
lo permita, no haré tal;
hoy le pediré licencia,
y con su gusto lo haré,

puesto que es mi padre, y que
se le debe esta obediencia.

Monz. Há, cuerpo de Dios con tanta
humildad! espada pido,
si ya no es, que has venido
por Menino de la Infanta;
en tu espíritu gallardo
extraño la cortesía.

Bern. Ya conocerá algun día
el mundo quien es Bernardo.

Monz. Tu padre viene contento,
y del Rey favorecido;
la sopa te se ha caído
en la miel para tu intento.
Llegale á hablar satisfecho
de tu amor y tu razon.

Bern. Janas le pedí, Monzón,
cosa que por mí haya hecho.

Monz. Yo lo creo, pues en duda
siempre lo bueno condena,
y para hacer cosa buena,
aun el nombre no le ayuda.
Perdona, si claro ó turbio,

mi language no te quadre.

Bern. Mal nombre tiene mi padre?

Monz. No se llama el Conde Rubio?

mi capricho no te asombre,
porque en qualquiera ocasion
de perlas viene el chiton,
por no decir tan mal nombre.

O qué mal nombre! mal año:
y tú has de llamarte así?

Bern. Si ya su hijo nació,
he de tomar nombre extraño?

Monz. Bueno es, que tras un diluvio
de hazañas que de tí espero,
muy vulgar y muy casero,
te llames Bernardo Rubio:
no viene bien. *Bern.* A tu humor
tan buena locura igualo.

Monz. Ello bien puede ser malo,
mas no puede ser peor.

Sale el Conde Don Rubio.

Rub. Qué estais tratando los dos?

Monz. Miren qué falso que viene! *ap.*

Rub. Este bastardo me tiene *ap.*
enfadado, vive Dios.

La soberbia, y el desden
nacieron con él (qué enfadado!)
pues con haberle criado,

no puedo quererle bien:

que como en ofensa mia
nació (digo, de mi amor)

aunque con tanto valor

la Infanta de mí se fia,

de suerte en mi pecho lidia

aquel antiguo pesar,

que aun no he podido olvidar

ni los zelos ni la envidia.

Quise á la Infanta, y atento

á su amor lloré desvelos;

no me oyó, y de aquellos zelos

aun dura este sentimiento.

Este piensa que es mi hijo,

y pudiera conocer

que lo es, solo con ver,

que no en su presencia me aflijo:

porque el amor paternal

jamás se pudo encubrir;

mas cómo ha de discurrir

bien el que nació tan mal?

Bern. Señor, ya sé que ofendido

te muestras siempre de mí,
mas ya en tu casa nació
sin culpa de haber nacido:
bien que culpa llegue á ser
nacer con desdicha igual,
porque es culpa original
en los hombres el nacer.

Lo que á suplicarte vengo
es, que supuesto, señor,
que no me falta valor,
y años suficientes tengo,
permitas y des licencia
(si mi aliento no te enfada)
para ceñirme la espada,
que en esta humilde obediencia
á mi sangre satisfago,
y debes reconocella,
pues pudiera yo sin ella
ceñirmela, y no lo hago.

Rub. Espada? pues aun no puedo
sin ella y con la razon
templar vuestra presuncion,
y sin vergüenza y sin miedo
buscáis ocasion mayor?
Bien parece (estoy sin mí!)
que sois:- mas quedome aquí.

Bern. No soy tu hijo, señor?

Rub. Qué gentil rapaceria! *ap.*

pues sabed:- *Bern.* Fortuna escasa! *ap.*

Rub. Que no ha de haber en mi casa
mas espada que la mia.

Monz. Tome eso, mire si obra *ap.*

la purga, mire si brama
contra el hijo: él no se llama
Don Rubio? pues basta y sobra.

Bern. Tan malo es tener, señor,
á tu lado un hijo honrado,
que puesta la espada al lado,
mire por ella y tu honor?

Tan fuera va de camino

ceñirme la espada yo?

Qué padre no se alegró,

por Natural y Divino

Derecho, comun y usado,

de ver su imagen, y ver

restituido su ser

en el hijo que ha engendrado?

Quién no quiere ver copiada

su persona toda entera,

desde la calza á la cuera,
desde el puñal á la espada?

Solo tú, cuya pasion,
llévandote á ser ingrato,
gustás de ver tu retrato
con aquea imperfeccion.

Y dudo, quando contrasto
el rigor con que me aflijo,
si soy ó no soy tu hijo,
si eres mi padre ó padrastró.

Quien los ejercicios trueca,
de su mismo ser se enfada,
yo nací para la espada,
como otros para la rueca:

y vive Dios:— Rub. Imprudente,
basta ya, que ver no quiero
en vuestra mano el acero,
que se acobarde ó se afrente.

Bern. Acobardarse en mi mano,
el acero? Rub. Sí, rapaz,
que ni valiente ni audaz
puede ser el que es villano.

Bern. Luego yo villano soy?
Rub. Mucho aquí me descubrió.
Yo puedo hablaros así.

Bern. Claro está, y por eso doy
á mi espíritu gallardo
reportacion tan felice,
que á ser otro quien lo dice,
se acordara de Bernardo.

Mas volviendo á hacer la cuenta
conmigo, hallo á consolarme,
que no puedes tú afrentarme,
sin tener parte en la afrenta:
porque á ser de otra manera,
antes que lo pronunciara,
la lengua se la sacara,
vive Dios, á cuyo fuera.

Rub. Esta arrogancia insolente
pretendo yo castigar.

Monz. Mal, señor, sabes llevar
una inclinacion valiente:
el rio mas caudaloso,
con la maña puede ser
vadeable, y que el que ayer
fué soberbio, hoy sea piadoso.
Las prohibiciones fueron
causa de impetu mayor:
dexas correr, señor,

por donde todos corrieron.

Vadéale con descanso,
que es rio, y ha de parar
como todos en el mar,
no le oprimas y irá manso.

Rub. Su desvergüenza, su mengua
de tí la pudo aprender;
pero yo sabré poner
una mordaza en la lengua
á entrambos.

Bern. Mira, señor:—
Rub. Qué castigo hay que no os quadre?
Bern. No es posible sea mi padre
quien me habla con tal rigor.

Monz. Ni quien Don Rubio se llama
puede, por Christo Sagrado,
ser padre de un hombre honrado:
llámase Rubia una Dama,
y no sin causa me quejo,
pues nadie puede dudar,
que es mina de rejalgar
un Don Rubio ó Don Bermejo.

Rub. Me respondeis?
Monz. Quién responde?

Rub. Villano:— Bern. Tu echui a fuí.

Rub. Idos entrambos de aquí.
Bern. Ya me voy.

Sale el Rey Don Alfonso y acompaña uniento.
Rey. Qué es esto, Conde?
con quién el disgusto ha sido?

Rub. Señor:— ahora me vengo.

Bern. Yo, señor, soy quien le tengo
indignado y ofendido:
mi padre tiene razon
de estar conmigo enojado,
y á tus pies:— Rey. Pues yo he llegado,
y enojos de padre son,
no haya mas, por vida mia.

Rub. Si vuestra Alteza supiera
quién es ese, no le hiciera
tanta merced. Rey. Conde, el día
que en la Corte estais, colijo
de las horas que os prevengo,
que para mí mas no tengo
que saber, que es vuestro hijo.

Bern. Es culpa calificada,
indigna de mi obediencia,
llegar á pedir licencia,
para ceñirme la espada,
quando en mi valor segura,

El Conde de Saldaña. I. Parte.

en mi edad y en mi nobleza,
la misma naturaleza
esta falta me murmura?

Si esta es gran culpa, señor,
que la castigueis espero.

Rey. Conde, el noble Caballero,
el que nació con valor,
el que con sangre excelente
los ojos al mundo abrió,
la espada con él nació,
desde la cuna es valiente:
luego aquel valor empieza,
que sus pasados le dieron,
porque de un parto nacieron
las armas y la nobleza.

La espada es bruñido espejo
del honor, cándido armiño;
nunca el niño noble es niño,
nunca el viejo noble es viejo.

Si esto solo ocasionó,
Conde, vuestro enojo, hoy quiero,
armándole Caballero,
ceñirle la espada yo.

Bern. Dexa, señor, que Bernardo
la tierra que pisas bese.

Rub. Callar tengo, aunque me pese. ap.

Rey. Un Caballero gallardo
sin espada no ha de estar.

Monz. Gocéis del Fenix la vida.

Saca en una fuente espada y espuelas.

Aquí, señor, prevenida
la tenia. Rey. Esto es honrar
á quien lo merece tanto:

Llegad, Bernardo, que espero
que en vuestro brazo el acero
ha de ser del Moro espanto.

Cíñele el Rey la espada.

Bern. De vuestra mano, quién duda,
y de vuestro nombre honrada,
que si es temida embaynada,
que sea invencible desnuda?

Rey. Hágaos muy dichoso Dios:
Conde, esto ha de ser así,
yo la espada le ceñí,
calzále la espuela vos.

Rub. Esto mas! viven los Cielos:- ap.

Bern. No disimula el pesar: ap.
que tenga de verme honrar
quien me engendró envidia y zelos!

no lo entiendo. Monz. Aunque mas ladre,
ya la espada el Rey le dió.

Bern. Parece que debo yo
mas sangre al Rey que á mi padre.

Rub. Qué pesar! A vuestra Alteza
obedezco y sirvo así.

Calzále la espuela.

Rey. Es debida, Conde, en mí
tal honra á vuestra nobleza.

Bern. Desde hoy, señor, desde hoy os sacrificio
en el altar de la obediencia mia,
siempre rico de amor, y siempre rico
del favor y mercedes de este dia:
hoy he vuelto á nacer, hoy comunico
al alma nuevo ser, nueva alegría,
pues dando á mi nobleza mas nobleza,
por tí renace y á vivir empieza.

La espada, que hoy me ciñes con tu mano,
será horror, asombro y maravilla

del Alarbe Andaluz, del Africano,
que en sangre tiñe bárbara cuchilla:

las márgenes veras del Oceano
reducidas al centro de Castilla,

sin que para cumplirlo sean estorbos
selvas de lanzas ni de alfanges corbos.

Ya me verás en las sangrientas lides
apellidar tu nombre valeroso,

desde el Mar Gaditano, en quien Alcides
de un monte y otro se labró coloso

hasta el Pirinéo excelso, en quien divides,
del Franco Imperio, el Español famosos,

que yo solo he de ser, pues solo basto,
quien aclame la voz de Alfonso el Casto.

Este rayo de acero, este gallardo
cometa de dos filos, este trueno

ha de ser en el brazo de Bernardo
azote universal del Agareno:

ya en desnudar y esgrimirla tardo;
sienta el turbante de plumages lleno

el ruidoso golpe, que amenaza
al que los antes de la adarga embraza.

Ya el helicoso estruendo me provoca
á buscar sus marlotas y almayzares,

y ocioso el freno en la espumosa boca
á batir del Caballo los hijares,

daré al bridon esa animada roca,
desbaratando Esquadras á millares,

hasta poner al pie de tu fortuna
cautiva y presa la menguante Luna.

Rey.

Rey. Creo de vuestro valor, por lo
Bernardo; lo que ofreeis. Y
Bern. Como vos señor, me honréis,
quanto he dicho haré mejor. Al
Monz. Aunque el Conde se desplace
de esta bizarra braveza,
crea, señor, vuestra Alteza,
que es hombre que dice y hace.
Y yo no me quedo atras,
porque, aunque humilde he nacido,
me crié con él, y he sido
de sus cimbrones el zas,
de sus prestezas el juego,
de sus golpes el amago,
el ruido de su estrago,
y la chispa de su fuego. *Tocan cajas.*

Rey. Créolo: mas qué rumor
oigo? *Rub.* Novedad extraña.
Dentro Viva el Conde de Saldaña
victorioso y vencedor.
Rub. Sin duda el Conde ha llegado
con victoria. *Rey.* Gran jornada
ya de su valiente espada
me reconozco obligado.
Rub. Con el apluso que ves,
traen al Conde tus vasallos.
*Tocan cajas, y sale el Conde de Saldaña de
Soldado muy galan y acompañamiento.*

Conde Muertos dexo dos caballos
hasta llegar á tus pies. *De rodillas.*
Rey. Conde, á mis brazos llegad,
que aunque la victoria infiero,
saberla de vos espero
con mayor gusto. *Conde.* Escuchad,
que obedeceros, señor,
es iman de mi alvedrio,
supuesto que el valor mio
nace de vuestro valor.
Yace, generoso Alfonso,
entre dos sierras un valle,
un pensil entre dos montes,
entre dos muros un Parque,
una perla entre dos conchas:
así me explico mas fácil,
pues con almenas de nieve,
siendo perla inestimable,
le guardan y le conciben
sus brutescos homenages.
En este pues sitio alegre,

que para victorias tales
palestra y cerco dichoso
previno la comun madre,
hallé á Zeylán, que venia
tan soberbio y arrogante,
tan dueño de su fortuna,
que para que conquistase,
le pareció corta empresa
el blason de tu Estandarte.
Traía el valiente Moro
seis mil flecheros Infantes,
que al disparar todos juntos,
tal vez por lisonjearle,
pabellon al Sol hacian
con las saetas volantes
aquel espacio pequeño
que ayecindaban los ayres.
Engrosaban su Esquadron
de Toledo seis Alcaydes,
á cuyo cargo venian
tres mil ginetes Alarbes,
cuya variedad de plumas,
repartida en los turbantes,
de Africanos abestruces
formaba vistoso enjambre.
Las adargas Tunecias,
las marloras y almayzares,
de búfano doble aquellas,
y estas de seda y estambre,
en las Andaluces yeguas,
que con relinchos y escarces
al clarin le respondian
confundidos los metales,
traducian la Campana
mucho Abril á mayor Parque,
en cada nervioso brazo,
ya acometa ya amenace,
blandiendo el valiente fresno
juntaba por ambas partes
los dos opuestos extremos
de acicalados remates.
Toda esta pompa en efecto,
todo este vistoso alarde,
de galas lucha apacible,
de armas belico certamen,
que ni Africa ménos forja,
ni ménos texe Levante,
á las garras y al bramido
de tus Leones audaces,

se vió poderoso un Lunes,
 y desvanecido un Mártes,
 Este pues dichoso día al onívico
 (aunque cobardes le infamada
 supersticiosos agüeros
 de cobardías vulgares) sobre un
 sobre un alazan tostado,
 Arábigo en nombre y sangre el
 Castellano en la lealtad,
 Andalucía en lo arrogante,
 con humos Aragoneses,
 con alientos Catalanes,
 tan Español en efecto,
 que del Betis los cristales
 para examinarle hijo,
 la reconocieron Sacre.
 De crin, cernejas y cola,
 al moverse y al hollarse,
 eran las cerdas gualdrapas,
 y al correr alas que esparce,
 No vió en su carrera el Sol,
 sacando fuego en el Ganges,
 oro peynando en las nubes,
 nieve alegrando en los Alpes,
 grana bordando en las selvas,
 y espuma tascando en mares,
 alado bruto, que pueda
 competirle ni igualarle,
 La rienda ajusté, y apenas
 á los batidos hijares
 llamó la dorada espuela,
 quando respondió con sangre,
 para convertirse en fuego,
 porque era el suyo tan grande,
 que relinchando centellas
 las piedras que pisa y parte,
 para mejorar de esfera,
 se vieron llamas voraces.
 Puse en órden mis Soldados,
 discurto por todas partes,
 formando los Esquadrones
 en bien repartidos haces;
 y al són de bastardas trompas,
 como destemplados parches,
 se trabó la escaramuza
 entre los sangrientos bates.
 Duró el teson invencible
 hasta las tres de la tarde,
 sin que de tanta fortuna

el rostro se declarase.
 Y viendo que porfiaban
 los sucesos tan neutrales,
 la dicha tan contingente,
 la victoria tan dudable,
 envidé el resto en la vida
 de mis sudores y afanes.
 Busqué al General, y halléle
 esgrimiendo el corbo alfange,
 que á la costa de tantas vidas
 gozaba purpúreo esmalte.
 No así á la tímida presa
 el Aguila caudal bate
 las alas, mostrando á un tiempo
 garra y pico de diamante,
 como yo parto á embestirle,
 y él á recibirme parte.
 Chocaron pecho con pecho
 los caballos, que leales
 titubearon sufriendo
 el encuentro formidable.
 Tan en sí se hallaba el Moro,
 que despues de recobrase
 tiró un revés y cortó
 del freno los alacranes,
 dexándome sin las riendas,
 como sin timon la nave.
 Mas logrando mejor tiempo
 en lo preciso del lance,
 falseé con una punta
 en su pecho malla y ante,
 abriendo para la muerte
 fuentes de roxos granates.
 Cayó del caballo el Moro,
 donde con ansias mortales,
 en monumento de arena
 sirvieron á su cádaver
 de tumba la blanca adarga,
 de pira el roxo turbante.
 Apellidé la victoria:
 viva (dixe) viva en jaspe
 el nombre de Alfonso el Casto,
 viva en bronces inmortales.
 El Sarraceno Esquadron,
 como es fuerza que desmaye
 todo cuerpo sin cabeza,
 viéndose sin ella, abate
 las medias Lunas, que ya
 eclipsadas y menguantes

á la luz de tanto Sol,
 lloraron golpes facales.
 Vergonzosamente huyeron,
 y yo siguiendo el alcance,
 al triunfo de esta victoria
 concedí el último vale.
 Gané cincuenta Banderas,
 los cautivos y el vagage,
 negándome á la codicia,
 reparti á mis Capitanes.
 Enriquecí mis Soldados,
 porque civiles achaques
 no desluciesen mi gloria,
 que es el soborno mas facil
 de quien arriesga su vida,
 con lo que ganó pagarle.
 Esta victoria te ofrezco,
 por mi este laurél te añades,
 en tanto que con tus huestes
 en bucéfalos navales,
 recobrando nuevos mundos,
 el Marmol Sagrado saques
 del cautiverio, que llora
 tanto religioso Acátes,
 que de tu valor lo espero,
 porque la victoria cantes,
 porque tiemble de tí el mundo,
 porque tus pendones Reales
 se ensalcen con mi valor,
 para que el mundo te aclame,
 y por que victoria, y vida
 á tu grandeza consagre.

Rey. Conde, otra vez y otras muchas
 llegad á mis brazos *Abrazale.*

Cond. Rasgarme el libro de mi ventura
 del libro de mi ventura
 esta hoja, quien la hallare
 doblada, porque algun dia
 la fortuna no se canse.

Monz. Oyele, por Jesu-Cristo,
 que está bien dicho el romance,
 pero si yo le dixera,
 no habia de poder quietarse
 la turba de Mosqueteros
 en hora y media cabales.

Bern. Aparta: qué bien responde!
 vive Dios, que me ha llevado
 toda el alma, por Soldado
 y por valeroso el Conde.

Rub. Apenas lugar me da
 la envidia que he recibido
 para darle el bien venido:
 qué ufano y soberbio está!

Bern. Qué dignamente le dan
 aclamacion con manente!
 qué bizarro! qué valiente!
 qué gentil hombre y galan!
 Parece que él mismo ha sido
 su artífice milagroso,
 lo robusto con lo ayroso,
 lo fuerte con lo lucido.

Tan igual es, tan al justo
 miro en él, que no han faltado
 lo galan por delicado,
 ni por feroz lo robusto.

Rey. Conde, ya con vos no puedo
 tener siniestra fortuna,
 vos sois la basa y columna
 de mi Corona. Cond. En Toledo
 tu silla pienso poner.

Rey. Si vos desnudais la espada,
 con sangre alarbe manchada,
 no dudo que venga á ser.

Cond. Ay Ximena! con qué enojos
 vivo en quanto verte tardo!

Monz. Apenas mi amo Bernardo
 quita del Conde los ojos.

Cond. El Conde Don Rubio aqui?
 cómo la Aldéa ha dexado?
 cómo á hablarme no ha llegado?
 mala señal (ay de mí!)
 Si mi Bernardo (á quien tiene
 en su poder) si mi hijo
 es muerto? mas qué me affjo?
 nunca el mal tan sordo viene.

Rey. Porque veais lo que os quiero,
 y mi amor conozcais hoy,
 el mayor oficio os doy
 de mi mayor Camarero:
 juradle y servidle, Conde.

Cond. Vuestra Alteza á mí procura
 dar lustre a su humilde hechura,
 y á su grandeza responde.

Rub. Ya crece mi envidia fiera.

Bern. Vive el Cielo, que me he holgado
 que el oficio le haya dado,
 mas que si á mí me le diera.

Monz. Para lo que él ha servido,

no monta esto quatro blancas.
Rey. La Tenencia de Simancas
 está vaca, y no he querido
 proveerla, porque vos
 lo hagais: dadla á algun amigo.

Cond. Bien, señor, mostrais conmigo,
 que sois imágen de Dios,
 pues con valor singular,
 de vuestra grandeza usando,
 no solo dais, pero dando
 tambien enseñais á dar.
 Daré al Conde esta Alcaydía.

Rub. Si el Rey su agravio supiera,
 ménos mercedes le hiciera;
 pero sabrálo algun dia.
 Voyme, por no estar mirando
 envidioso y desabrido,
 la mano del ofendido
 al mismo ofensor honrado.

Rey. Recurriendo estoy qué daros,
 Conde, y para que ganeis
 amigos, y siempre deis
 nueva ocasion de alabaros,
 permito que podais dar
 de mi Camara dos llaves.

Cond. Mercedes, señor, tan graves,
 quién las mereció gozar?
 Quién son estos Caballeros?
 que quiero en vuestra presencia,
 puesto que me dais licencia,
 honrarlos y obedecerlos.

Rey. El que á vuestro lado está
 es mi ahijado, y heredero
 del Conde Rubio. *Cond.* Hoy espero
 dar honra á quien me la dá.

Rey. Yo le he ceñido la espada,
 y Caballero le armé.

Cond. Y yo, señor, le daré
 por vos la llave dorada:
 favor, que se debe al Conde,
 despues de ser muy mi amigo:
 y este Caballero, digo,
 que al oficio corresponde,
 que el Gentil Hombre ha de ser,
 despues de tener nobleza,
 galán por naturaleza:—

Bern. Que aquesto he llegado á ver!

Cond. Y lo es, á fe de quien soy.

Bern. Vuec'encia sabe honrar

á sus criados. *Cond.* Jurad
 de Gentil-Hombre desde hoy,
 aunque lo contrario siento,
 que quien desde que nació
 de Gentil-Hombre juró,
 no ha menester juramento.

Monz. Este sí es Conde, y responde
 á su ilustre nacimiento:
 vá á decir ciento por ciento
 del un Conde al otro Conde.

Rey. Tratad pues de descansar,
 y vedme luego. *Cond.* Señor,
 en mí el descanso mayor
 es servirlos. *Bern.* Si excusar
 el juramento no puedo,
 y es preciso en mi nobleza,
 perdóneme vuestra Alteza,
 que con el Conde me quedo.

Rey. Quedaos, Bernardo, y contento,
 porque á mi amor corresponde
 hacer en manos del Conde
 el solemne juramento.

Cond. El rapaz es extremado:
 de esta edad, sí, me parece
 que será Bernardo: hoy crece
 con el amor mi cuidado.
 Desde aquel dichoso dia
 que al Conde se le entregué,
 no le he visto mas, ni sé
 mas de que el Conde le cria.

*Sientase el Conde en la silla de dosel para
 jurar á Bernardo, y este se arrodilla.*

Bern. En mano de Vuec'encia
 hago pleyto y juramento
 de servir leal y atento
 con todo amor y asistencia.

Cond. Basta. *Bern.* Ya la mano espero,
 y que con ella me honreis.

Cond. Mucho, señor, me debeis
 desde que os vi, mucho os quiero:
 pero hacer esto me toca,
 que es vuestro padre mi amigo:
 alzad. *Bern.* No he de alzarme, digo,
 hasta que estampe la boca
 en vuestra valiente mano, *Bésasela.*
 honra de esta Monarquía.

Cond. Decidme, por vida mia,
 tenéis acaso otro hermano? *Levántanse.*

Bern. No señor. *Cond.* Vos sois gallardo:

solo sois? *Bern.* Y aun, segun pasa, pienso que sobro en mi casa.

Cond. Y cómo os llamis?

Bern. Bernardo.

Cond. Bernardo? y qué no teneis otro hermano? *Bern.* No señor.

Cond. Y algun page ó Labrador en la Aldea conoceis de vuestro nombre? *Bern.* Tampoco.

Cond. Este mi hijo ha de ser, *ap.* y temo (ay Dios!) que el placer me mate ó me vuelva loco.

Monz. Este es, señor, Bernardito el arrojado y travieso.

Cond. Lo peor que tiene es eso.

Monz. El que desde tamañito, por alentado y brioso, con un esquadron de perros andaba por esos cerros tras el javalí y el oso. En aquesto se ocupaba, y quando despues volvía, la caza de todo el día á las Zagalas la daba; sin dexar para su mesa sola una pluma, señor.

Cond. Eso es de buen cazador.

Monz. Y cómo! de garra y presa, que en la Aldea no ha dexado moza de buen parecer.

Cond. Qué? *Bern.* Señor:—

Cond. Debe de ser herencia lo enamorado.

Bern. No quieres callar? *Monz.* Ya callo.

Cond. Sus partes son excelentes: *ap.* ó corazon! nunca mientes: no me canso de mirallo. Por qué decís que sobrais, siendo solo en vuestra casa?

Bern. Señor, lo que en ella pasa, sin provecho averiguais. Mi padre, cuyo desden juzgo adversion natural, debe de quererme mal, pues que no me trata bien.

Cond. Mal os trata? Otro testigo *ap.* en este mal tratamiento, declara con juramento, que es verdad lo que yo digo.

No tiene razon el Conde.

Monz. Señor, él es un Neróns y porque en su inclinacion á su sangre corresponde, valiente, honrado y cortés, hoy con término inhumano, le dixo que era villano.

Cond. Villano? *Monz.* Villano pues, y muchas veces villano.

Cond. Viven los Cielos, que miente. *ap.* Y qué hicisteis? *Bern.* Obediente le besé entónces la mano, reverenciando el castigo.

Cond. Eso es lo que hacer debeis, y miétras que así lo haceis, sereis mi hijo y mi amigo.

Bern. Pluguiera á Dios, que aunque quadré mal esta razon primera, si padre elegir pudiera, os eligiera por padre.

Cond. Qué decís? Aunque me aflijo, *ap.* el corazon me ha pasado. Eso dice un hombre honrado? (vive Dios, que sois mi hijo.) *ap.* Un noble así corresponde?

Bern. Señor:— *Cond.* Vos teneis nobleza.

Bern. Es tan grande su aspereza:—

Cond. Estimad, Bernardo, al Conde, pues como padre os crió, que esa es la mayor hazaña.

Bern. Señor Conde de Saldaña, vuestra hechura seré yo.

Cond. Que no digo eso; sí digo:— mas quiero disimular. *ap.* Al Conde habeis de estimar, ó no habeis de ser mi amigo: y con esto, á Dios, Bernardo, idos con Dios.

Bern. Vuestro soy. *Vase con Monz.*

Cond. Sí es mi hijo: por quien soy, que es alentado y gallardo.

Sale el Rey.

Rey. Conde? huélgome de hallaros aquí. *Cond.* Siempre vuestra Alteza me hallará tan puntual.

Rey. Vuestro valor y prudencia habeis de mostrar ahora: ya sabeis (y es cosa cierta) que no tengo sucesion,

ni esperanzas de tenerla.
Cond. Bien sé, que os llaman, señor,
 Alfonso el Casto, por esta
 profesion. *Rey.* Estadme atento.
 Mi hermana doña Ximena
 es Infanta de Leon,

y siéndolo es mi heredera.
Cond. Y dueño del alma mía. *ap.*

Rey. Pues ella imprudente y necia,
 el casamiento rehusa,

que tanto estimar debiera,
 del Conde de Barcelona:

siendo así, que por la mesma
 razon que yo lo deseo,
 le aborrece y le desprecia.

Vos habeis de persuadirla
 con razones tan atentas,

tan graves, tan eficaces,
 tan lucidas y tan vuestras,
 que venga en ello, que á vos

solo fiaros pudiera,

Conde, accion tan singular,
 y tan difícil empresa.

Ella ha de salir aquí

primero que se prevenga,
 hablادla, Conde, y mirad,

que las mas heroycas prendas
 de vuestros servicios grandes,

todas se incluyen en esta.

Cond. Señor:— *Rey.* No me repliqueis,

ella sale, y la obediencia
 de hombre como vos, no admite

ni réplicas ni respuestas. *Vase.*

Sale la Infanta Doña Ximena.

Infant. Conde, qué pesar es ese?

Cond. Bien pregunta vuestra Alteza,

que como ya por costumbre
 se van, sin dudar en ella,

á mi casa las desdichas,
 en lugar de norabuenas,

se me pregunta eso a mí,
 y quien lo pregunta acierta.

Ya no me cogen de susto:
 tan hallado estoy con ellas,

que pienso ir á buscarlas
 quando en venir se detengan.

Infant. Pues ahora que mi hermano

(Pios le guarde) á hacer empieza
 tantas mercedes en vos,

y á daros la norabuena
 salgo yo, dais al semblante
 sobrescrito de tristeza,

sabiendo que es para mí
 quanta en vuestros ojos sea?

Cond. Estamos solos? *Infant.* Sí, Conde,
 hablad. *Cond.* Mi bien, mi Ximena,

yo fui por mi mal dichoso:
 ó qué costosa experiencia

he hecho, de que las dichas
 si son grandes no son ciertas!

Quando al sugeto se ajustan,
 se gozan y se celebran,

pero quando son mayores,
 ó se ahogan ó se quiebran

como higas de azabache,
 á quien la envidia atormenta.

El acordado instrumento,
 dulce y regalado suena

con las cuerdas que en él caben;
 pero no si sobre aquellas

otras le ponen, que entónces
 suena mal y no concuerda.

Todo esto, señora, he dicho
 para explicar si pudiera

la pena de ser dichoso,
 quien no ser dichoso espera.

El Rey me manda, que os hable:
 (ya lo dixé) el Rey me ordena

(qué dolor!) que os persuade
 (qué tormento!) que os advierta:

pero para qué me canso?

casaros quiere su Alteza
 con el Conde. *Infant.* Ya lo sé,

ya lo sé: qué cosa nueva
 venís á decirme, Conde?

El de Barcelona intenta
 casar conmigo (qué engaño!)

mi hermano, que lo desea,
 (qué locura!) os ha mandado

que me habeis (gran diligencia!)

Para asentar esta baza,
 el Conde pone en la mesa

un Rey (gran carta!) y Amor
 en vuestra mano reserva

un triunfo, que aunque es pequeño
 á ganarle se atraviesa.

Viene á morir á mi mano,
 alargo yo, con que queda

dadla á otro amigo, que yo tengo indicios,
 q̄ el Rey me hará merced por mis servicios.
 Y en quãto á la merced de Gentil-Hombre,
 que os diga, no os asombre,
 puesto que la merezca,
 que Bernardo está aquí, que os la agradezca;
 que yo no me condeno
 á agradecer el beneficio ageno.

Bern. Señor:- (hay mas notable desvarío!
 ageno llama el beneficio mio.) *ap.*

Monz. Amistad bien pagada! tú has nacido
 de un padre por extremo agradecido:
 qué mas decir pudiera,
 si algun pesar el Conde le trajera?

Cond. Jamás, Conde, pensara
 de vos, que volvierais á la cara
 con tanta ingratitud, con tanto enfado
 las mercedes que os traigo y he aplicados;
 mas si poco os parece

(claro está, vuestra Casa mas merece)
 para vos reservé, para vos guardo,
 como la de Bernardo,
 plaza de Gentil-Hombre (digno oficio
 de un señor como vos) con exercicio
 en Palacio, sirviendo juntamente
 lo de Simancas por algun Teniente.

Vuestra condicion templad estraña,
 que es buen amigo un Conde de Saldaña,
 y serviros espero.

Rub. Ni eso ni esotro ni ninguno quiero,
 ni me admireis esquivo,
 que la merced que es de él no la recibos;
 ya quando llega á mí, tan otra viene,
 que mas de enfado que de gusto tiene.

Bern. Es posible, señor, que quando el Conde
 tan noble y tan leal te corresponde,
 con ingratas porfías

desprecias sus mercedes y las mias?
 Esa es correspondencia

digna de la amistad de su Excelencia?
 De ingrato te condenas:

vive Dios, que la sangre que en mis venas
 conservo tuya, ahora me sacara
 y por no la tener la derramara,
 si de eK presumiera,

que hacerme ingrato alguna vez pudiera.
 Pero no lo seré, porque te advierto

con rostro descubierta,
 que si á ser su enemigo te apercibes,

y la merced por eso no recibes,
 de la razon llevado,
 me has de hallar de su parte y á su lado
 hasta perder la vida,
 que por él la daré por bien perdida:
 quadrete ó no te quadre,
 que es la razon primero que mi padre.

Cond. Bernardo, qué es aquesto?
 vos así descompuesto?

Monz. No has andado,
 vive Dios, en tu vida mas honrado.

Rub. Yo no me espanto de que así me trates,
 que en esos que parecen disparates,
 de derramar tu sangre sin rodeo,
 la diferencia de tu sangre veos;
 y así, en nada me aflijo,
 que ni tu padre soy, ni tú eres mi hijo. *Vase.*

Cond. Conde amigo, esperad; yo estoy perdido.

Bern. Déxele Vuecelencia, pues se ha ido,
 que él me dirá despues, á fe de honrado,
 si no es mi padre, quién el ser me ha dados;
 y de que no lo sea no me pesa,
 que ingratitud tan barbara como esa,
 ni puede darme calidad ni fama.

Cond. O quãto el noble natural le llama! *ap.*
 pero aqueste traidor, que sabe todo
 mi secreto, pretende de este modo
 descomponerme y acabar mi vida.

Ay, bellísima Infanta, que perdida
 te lloran ya mis ojos; *Llora.*
 mas que mi pena, siento tus enojos.

Bern. Vuecelencia llorando! qué es aquesto?
 vos, señor, tan humano y tan modesto?

Cond. Bernardo, de un Filósofo se cuenta,
 que mirando un ingrato, en quien se afrenta
 naturaleza toda, tiernamente lloraba,
 por ver si su dureza se ablandaba.

Bern. Vive el Cielo, señor, que de ese llanto
 me he enfurecido tanto,
 que al que así le provoca,
 con las manos sangrientas, con la boca
 despedazar quisiera.

Cond. Su misma sangre su valor altera. *ap.*

Este llanto, estas lágrimas piadosas,
 son en mi amor forzosas,
 viendo que el Cielo ha dado
 un hijo noble á un padre desgraciado;
 á un suceso dichoso
 la malicia cruel de un ambicioso;

á un debido recato
 la verdad mal segura de un ingrato;
 y al fin , á un delinqüente
 un mal vecino , que le juzga ausente:
 deciros mas no puedo,
 q̄ hay mucho q̄ decir, y es mucho el miedo.
Vase el Conde , y detienele Bernardo.
Bern. Vuecelencia , señor , me diga ahora
 lo que sabe de mí , que quando llora
 tanto hombre , tanto ser , tanta nobleza,
 de amor es , vive Dios , no de flaqueza.
Cond. Qué sabeis vos lo que en mí
 puede haber ? *Bern.* Debo creer,
 que flaqueza no ha de haber
 en quien tanto valor ví.
Cond. Hombre soy y flaco he sido,
 pero fué flaqueza honrada.
Bern. Eso no es decirme nada,
 señor , de lo yo os pido.
Cond. Podré callar ? será tanta *ap.*
 mi intereza con él ? Sí,
 que aquesto importa (ay de mí !)
 al pundonor de la Infanta.
 Quedaos ; Bernardo , con D'os.
Bern. Confuso , al fin , me dexais ?
Cond. Padre teneis , qué os quejais ?
 no es el Rey mejor que vos. *Vase.*
Bern. Confuso y de horror lleno
 me dexa el Conde (qué mortal veneno !)
 mi padre respiraba,
 que igualmente causaba
 con desigual espanto,
 iras en mis ojos , y en los suyos llanto.
Monz. Yo , señor , lo que de uno y otro infiero
 es , que el Conde es honrado Caballero;
 de tu padre no sé lo que me diga,
 porque no siempre obliga
 la chanza ; mas conforme á lo que arguyo,
 me quemem si Don Rubio es padre tuyo.
Bern. Pues padre ha de tener este Bernardo.
Monz. Eso es fuerza.
Bern. Y mi espíritu gallardo,
 mis pensamientos y heroyco brio
 me avisan de que es noble el padre mio.
Monz. Yo no sé lo que en esto mas te quadre:
 mas por salir de un padre
 que Don Rubio se llama,
 me diera yo á partido , y con el ama
 general concertara,

que hijo de la piedra me llamara.
Bern. Ven, Monzon, q̄ del Conde los enojos
 me han obligado á enternecer los ojos.
Vase , y salen la Infanta , y Sol Dama.
Sol. Es por extremo bizarro.
Infant. Refierénme tantas cosas
 de él , que la imagina el alma,
 no como prenda tan propia,
 sino como ya perdida
 y que de nuevo la cobra.
Sol. Pues ya en tu presencia está.
Infant. Ayudadme , Sol , ahora,
 que de improviso un contento
 mal se encubre y se reboza
Salen Bernardo y Monzon.
Sol. Lo que he de decir me advierte.
Infant. Oblígale á que responda:
 hablale , Sol , por tu vida.
Bern. Monzon , en tanta cangoja,
 qué puedo hacer ? *Monz.* Divertirla
 con la Infanta mi señora
 y con Doña Sol. *Bern.* A un triste
 aun el mismo Sol le asombra.
Sol. Ha Caballero , sois vos
 Bernardo ? *Bern.* Yo soy , señora,
 Bernardo y criado vuestro.
Sol. Estamos muy cuidadosas
 las Damas de conoceros.
Bern. Pase esta vez por lisonja:
 yo puedo costar cuidados ?
Sol. Y muchos. *Monz.* Qué socarrona! *ap.*
Sol. Dicen que sois muy brioso.
Bern. La soledad ocasiona,
 aun en muy cortos alientos,
 resoluciones heroycas:
 porque la caza y el monte
 son una abreviada copia
 de la guerra , y siempre en ella
 logré felices victorias:
 mas qué mucho , mas qué mucho
 si las alcanzan á todas,
 en fe de que á ser mayores
 hoy á esas plantas las ponga ?
Infant. Y ese estilo no es de amante ?
Bern. Vuestra Alteza no me corra,
 que aunque Aldeano , bien sé
 la obligacion que me toca
 de reverenciar su nombre.
Infant. Ay ! Sol qué mal se reboza *ap.*
 uua

una pasión tan del alma!

Bern. Pondré en sus plantas mi boca.

Infant. Galan sois. *Bern.* Ya lo seré,
si vuestra Alteza me abona,
que es nueva naturaleza
en los Príncipes las honras.

Infant. Y ese estilo no es de amante?

Bern. Con distincion sí, señora.

El soberano respeto
debido á vuestra persona,
á una parte, y el afecto
amoroso en Sol á otra:
aquel es amor sagrado,
que á reverenciar provoca;
y este es amor mas humano,
que abrasa, pero no asombra,
que obliga, pero no espanta.

Infant. Basta, Sol, que te enamora:
cortesano es el rapaz; *ap.*
de verle el alma se goza.

Monz. Si vuestra Alteza pretende
que la refiera sus cosas,
yo solo puedo, que soy
coronista de su historia.

No ha visto en sus pocos años
mas fuerte brazo la Europa:
rompe en el ayre una lanza,
quando, blandiéndola, dobla
los dos opuestos extremos,
que acerados hierros gozan.
A la mas robusta encina,
que esa montaña corona,
abrazado al firme tronco,
la desbarata y deshoja.

Si le viera vuestra Alteza
luchar con firmeza, borra
la noticia del Tebano,
poética y fabulosa.

Danza y bayla ayrosamente,
giradas y cabriolas
como peonas las texe,
como un repollo las forma.

Es cortés y agradecido,
sus liberales y amplias
manos exceden, por Christo,
al paso de Macedonia.

Habla bien en las ausencias,
por la razón se apasiona;
y al fin: *Bern.* Basta, basta, necio,

que alabanzas tan ociosas
me ofenden. *Infant.* Qué sabeis vos,
si hay quien con gusto las oiga?

Bern. No seré yo tan dichoso.

Infant. Ya, por lo ménos, te toca
hacerle, Sol, un favor.

Sol. Si vuestra Alteza me otorga
la licencia, sí lo haré.

Bern. Llorará perlas la Aurora
zelosa de ver que el Sol
en mas flamante carroza,
por favorecerme indigno,
olvida la verde pompa
de las flores que la esperan
ya coronadas de aljofar.

Infant. El es galan y entendido. *ap.*

Sol. Esta vanda reconozca

Dale una vanda.

en vuestro pecho á su dueño.

Bern. Será la abrasada Zona,
donde mis sentidos ardan
al Sol de vuestras memorias.

Infant. En él considero al Conde, *ap.*
tan viva su imágen copia,
que ni lo amoroso miente,
ni lo bizarro perdona.

Bern. Gran dicha, Monzon, gran dicha!

Monz. El Embaxador, señora:--

Bern. Ha, pese al Embaxador, *ap.*
y á quien su embaxada apoya.

Monz. Con el Rey hablando viene,
y con tu padre. *Bern.* Estas bodas
me cansan, y por no verlas
me voy: perdonad, señora.

Sol. Yo tambien, si vuestra Alteza
gusta de quedarse sola.

Bern. Aquí un Escudero aguarda.

Sol. Aquí una Esclava se postra.

Vanse Sol, Bernardo y Monzon, y sale el
Rey leyendo un papel, Don Gastón
y Don Rubio.

Rub. Ya no es posible callar
en llegando á esta ocasion.

Rey. Conde, tan grande traicion
el Cielo ha de castigar,
y en mí lo fuera engañar
al Conde de Barcelona,
cuyo amor, cuya persona,
no merece, aunque lo intenta,

que

que yo le envíe una afrenta,
quando espera una Corona.
Gast. Supuesto que vuestra Alteza
resoluciones ignora,
y la Infanta mi señora
oye con tanta aspereza
mi Embaxada, á su grandeza
suplício, y á vos, señor,
deis licencia:-- *Rey.* Qué dolor! *ap.*

Gast. Para poderme partir.

Rey. Don Gastón: *Gast.* Esto es cumplir
las leyes de Embaxador.

Rey. Bien sabe el Cielo, que siento
del Conde el pesar, y fio,
que ha de ser mayor el mio,
que su justo sentimiento:
por ahora el casamiento
no es posible que asenteis
esto al Conde le direis.

Infant. El gozo apénas resisto.

Gast. Siempre en vuestro pecho ha visto,
señor, que merced le haceis.

Rey. Querrá el Cielo que algun dia:--

Gast. Ya, señor, es excusado,
que mi dueño me ha mandado
dexe tan justa porfia:
orden expresa me envía
para partir, hoy lo haré,
pues ya para hacerlo sé,
que me ofrece en su tristeza
licencia y mano su Alteza,
y vos el invicto pie. *Vase.*

Rey. Aquí importa, Conde amigo,
la prudencia y el engaño: *ap.*
gran remedio á grande daño,
á gran traicion gran castigo.

Infanta, hermana, hoy consigo
la quietud que pretendí;
alegraos, no esteis así:
basta, dexad la tristeza.

Infant. Guarde Dios á vuestra Alteza,
señor, mas años que á mí.

Rey. Pudierais haberme hablado,
pues que vuestro hermano soy,
y la Embaxada de hoy
ya se hubiera dilatado:
conoces este firmado
y encarecido papel? *Dale el papel.*

Infant. Ay Dios! muerta soy! En él,

señor, mi delito veo,
mi muerte y tu enojo leo:
há traidor Conde! há cruel! *ap.*

Rey. Qué te alteras? dexa el miedo.

Infant. Temo, señor, tu rigor.

Rey. Suspende ahora el temor.

Infant. Cómo en tu presencia puedo?

Rey. Como tu hermano procedo.

Infant. Como culpada te miro.

Rey. De nada, Infanta, me admiro.

Infant. Estoy muerta, estoy sin mí.

Rey. Desahogate, habla, dí.

Infant. Oye, despues de un suspiro.

Valeroso Alfonso el Casto,
cuyo nombre has merecido
por la integridad que gozas,
por la pureza que envidio:
Hermano, Rey y Señor,
si con el nombre te obligo
de hermano, con el de Rey
te solícito el castigo,
con el de Señor te ofendo,
con el de Casto te irrito,
que quien no sabe de amor,
aborrece sus delirios.

Pero no me atiendas Casto,
hermano, atencion te pido,
porque con menos venganza
llegue el perdón al delito.

Yo miré (terrible trance!)

yo escuché (cruel martirio!)

yo quise (qué desacierto!)

yo amé (qué gran desvario!)

á un hombre: bien digo hombre,
si es cierto que entre infinitos
él solo puede ser hombre.

Quise al Conde (ya lo he dicho)

quise al Conde de Saldaña:

su persona ya la has visto,

su nobleza ya la sabes,

su valor ya es conocido,

su discrecion ya es notoria;

pues qué inexpugnable risco

no se unde, no se abate,

si le envisten atrevidos

persona, valor, nobleza,

discrecion, gala y cariño,

y mas, quando es el amor

de estos Soldados caudillo?

Yo me rendí, no soy piedra;
yo me humillé, no soy riscos;
quisele bien, soy muger:
ó cuánto en esto te he dicho!
Bernardo, señor, Bernardo
es tu sobrino (bien digo)
el Conde quien te soborna
con tan heroycos servicios:
yo tu hermana y él mi esposo.
Cuñado, hermana y sobrino
á tus pies piden la muerte,
y yo por todos la pido,
que como la mas culpada,
busco mayores castigos. *Arrodillase.*

Rey. Ximena, á mis brazos llega,
que aunque sea justo el temor,
soy tu hermano, y sé que Amor
deslumbra, confunde y ciega:
que aunque de amor no he sabido,
sus misterios no he ignorado,
que ya, Ximena, han llegado
al alma por el oído;
y sé que de sus misterios
lloraron fatales dias
abrasadas Monarquias,
y aun arruinados Imperios.
A perdonaros me obligo,
y al Conde he de perdonar,
pues ya no puedo excusar
el daño con el castigo:
que aunque tan mal corresponde
su lealtad á su nobleza,
he menester su cabeza:
vivid vos y viva el Conde.
Retiraos, y hasta que sea
vuestro esposo, como aguardo,
no os dexéis ver de Bernardo,
ni el Conde, Ximena, os vea,
que me enojaré con vos,
si sé que le habeis hablado
hasta haberse desposado.

Infant. Mil años os guarde Dios. *Vase.*

Rey. De buen tercero fiaba *ap.*
reducir la voluntad
de la Infanta; con lealtad
la habria, quando hablaba
del Conde de Barcelona:
quién duda que alli sería
entre la sBya y la mia

preferida su persona?

Rub. Ahora, Infanta, me vengo *ap.*
de aquel tu desden prolijo,
en tí, en el Conde y tu hijo.

Rey. Ira y cólera prevengo.

Rub. Qué piensas hacer? *Rey.* Si vos,
Conde, ayudais mi esperanza,
Leon verá en mi venganza
el castigo de los dos.

Rub. Y no dices del bastardo?

Rey. No, Conde, que él no nació
culpado, ni tengo yo
queja alguna de Bernardo:
ayúdele su fortuna;

al punto hareis despachar
un Corréo, que á llevar
parta al Castillo de Luna
este aviso y este pliego.

Rub. Luego á obedecerte voy.

Rey. Tan ciego en cólera estoy,
que aun es tarde siendo luego.

Rub. El Conde viene. *Rey.* Esperad,
disimulad advertido.

Sala el Conde de Saldaña.

Cond. O qué mal agüero ha sido *ap.*
de este encuentro la mitad!

Rey. Conde, dos dias cabales
sin verme? tanto rigor
no lo merece mi amor.

Cond. Beso vuestros pies Reales
por favor tan señalado,
que para mí el daño ha sido,
pues ese tiempo he perdido
de vivir, que os he faltado.
El Conde es noble en efeto: *ap.*
yo pensé mal, y ofendí
su lealtad, pues presumí
que revelara el secreto.

Rey. Ya en efeto se partió
el Catalan despachado.

Cond. Na tie á sentir ha llegado
su disgusto, como yo.

Rey. De vuestra lealtad lo creo.

Cond. Ser gusto de vuestra Alteza,
pudo hacer en mi nobleza
mas afecto del deseo.

Rey. Conozco vuestra intencion,
y estoy de vos satisfecho;
y pues sabeis de mi pecho

la noble resolucion
y el deseo que he tenido,
al Catalán corresponden,
aunque ya enviaba al Conde,
en viéndoos me he arrepentido;
porque sé quanto valeis,
y qué activo y cortesano,
me disculpais hermano,
y Rey me disculpais.
Partid, Conde, por mi vida,
y sea con presteza tanta
vuestra vuelta, que la Infanta
no entienda vuestra partida,
porque á ella habeis de echar
toda la culpa. *Cond.* Señor
(aquesto es lo que á mi amor
mas bien le pudiera estar)
iré, señor, y vereis
mi mayor lealtad sirviendo.

Rey. Por vida vuestra, que entiendo
eso mismo que entendeis:
dadle, Conde, porque parta,
ese pliego. *Dásele al Conde.*

Cond. Gran fortuna!

Rey. En el Castillo de Luna
dad á su Alcayde esa carta,
y pasad vuestro camino.

Cond. Seré, en language Español,
un rayo de vuestro sol,
que á Barcelona fué y vino. *Vase.*

Rub. Quien lo entendido y prudente
busca, en tu valor lo vea.

Rey. El mismo quiero que sea
el ministro y delinquente.

Salen Bernardo y Monzón.

Bern. Yo vengo determinado.

Monz. Qué decís? *Bern.* Esto conviene:
quien padre, Monzón, no tiene,
oficio no tenga honrado.

Rey. Pues Bernardo? *Bern.* A V. Alteza
llego, señor, ofendido
de haber al mundo nacido
sin valor y sin nobleza.
El Conde Rubio, á quien yo
padre he llamado hasta aquí,
enojado contra mí,
que no lo es me confesó.
Y aunque á enojo y sequedad
puedo haberlo atribuido,

en lo mal que me ha querido
reconozco que es verdad.

De villano me ha tratado,
y ya veis que no conviene,
que aquel que padre no tiene
viva en Palacio afrentado.

Qué es molesto é importuno,
señor, á quantos le ven,
quien padre no tiene, quien
nació hijo de ninguno.

Vos me ceñiste la espada,
esa yo la guardaré,
porque en quanto á mí, yo sé,
que está muy bien empleada.

Mas hasta que al mundo asombre
con ella, me habeis de dar
licencia para dexar

la plaza de Gentil-Hombre.
O manda con soberano

imperio, pues á vos vengo,
que diga el padre que tengo,
ó sea noble ó sea villano.

El Conde está aquí, él lo sabe,
él lo publica y lo dice,

si nací tan infelice,
no quiero oficio tan grave.

Que no es bien dar ocasion
á que un hidalgo entonado

me diga, que con mi lado
se afrentan los que lo son.

Porque quando en esto me halle,
aunque esteis presente vos,

lo arrojaré, vive Dios,
por un balcon á la calle.

Monz. Esto con muy linda gala,
saldrá á la calle violento,

como pelota de viento
despedida de la pala.

Rey. Qué valiente! qué discreto!
lástima tengo y amor,

éste efecto del amor,
y aquel de la sangre efecto.

Conde, hicisteis mal, por Dios,
en tratar con aspereza

á quien para su nobleza
no os ha menester á vos.

Rub. Licencia tiene, señor,
quien como yo le ha criado,

para mostrarle enojado

severidad y rigor.

Que su condicion es tal,
que si blandura sintiera,
en desbocada carrera
se precipitara al mal.

Rey. No sois villano, Bernardo,

que aunque al Conde no debeis
el ser, nobleza teneis

de espíritu tan gallardo.

Quando os armé Caballero,

y el de Saldaña os juró,

ni él os conoció, ni yo

supe á quien ceñí el acero.

Ya lo sé, una sangre alienta

la nobleza de los dos,

quien os afrentare á vos,

á mí, Bernardo, me afrenta.

Mi sobrino sois, y así,

por excusar de ese exceso,

en público lo confieso:

sed Gentil-Hombre por mí.

Ninguno es en toda España

mas noble, estimad mejor

el oficio y el valor,

que os dió el Conde de Saldaña,

para que la envidia necia

vea y lllore de camino,

que un Rey os llama sobrino,

quando hijo un Conde os desprecia.

Bern. Ya, señor, que de honras tales

me habilitais cuerdo y sabio,

puesto el generoso labio

sobre vuestros pies Reales,

os pido, suplico y ruego,

permitais que sepa yo

el padre que el ser me dió.

Rey. Esto no ha de ser tan luego.

Bern. Mayores ansias me dan,

señor, miéntas mas aguardo.

Rey. Mi sobrino sois, Bernardo,

y ahora no sepais mas.

Vamos, Conde, por traidor

á declarar al que descubriere

á Bernardo, sea quien fuere,

quien es su padre. Rub. Señor,

secreto sabré guardalle.

Rey. Esto á mi servicio importa.

Bern. Qué sea mi dicha tan corta!

Monz. No es sino larga de talle.

Albricias debieras dar,
si ya no es que codicias
ahorrarte las albricias,
pues yo las he de cobrar.

Bern. Que hijo al fin yo no nací
del Conde Don Rubio? Rey. No.

Bern. Quién lo verifica? Rey. Yo.

Bern. Soy vuestro sobrino? Rey. Sí.

Bern. Pues lo demas que callais

algún dia lo sabré,

que ilustre mi padre fué,

pues sobrino me llamais:

solo falta, que la mano

me deis. Rey. Los brazos os doy.

Monz. Item mas. Rey. Qué?

Monz. Que desde hoy

no le trate de villano

el Conde Rubio, pues ya

será fuerza que confiese,

que es delito y crimen ese

de sobrino:- Rey. Bien está.

Monz. Item, pues desde este dia

es sobrino despadrado,

haya quien tenga cuidado

de su bocolica y mia.

Item:- Rey. Hay mas desatinos,

Monzon? Monz. Que en el cartapacio

de las Damas de Palacio

nos traten como sobrinos.

Item:- Rey. Otra? Monz. Esta es inmensa,

que todo aqueste arancel

guarden conmigo y con él

botillería y despensa.

Vanse.

Sale el Conde de Saldaña de camino.

Conde. Con tanta priesa he venido,

y con tanta he de pasar,

que el camino ha de dudar

si he volado ó si he corrido.

Pediréle alas al viento;

mas serán torpes y malas,

que no he menester sus alas

si voy en mi pensamiento.

Y mas quando en esta calma

el Sol que ilumina el dia,

levés suspiros me envia

por mensageros del alma.

Mas pues no puedo excusar

el poner en propia mano

esta carta, al Castellano

de Luna quiero llamar.
 Qué notable Fortaleza!
 qué bien murado Castillo!
 qué desplomado rastrillo!
 qué almenagé! qué grandeza!
 qué dificultosa entrada!
 Apenas la errada puerta
 se permite al Sol abierta;
 parece estancia y morada
 del miedo: á horror me provoca.
 Mas con regalado acento *Tocan dentro.*
 tocar oigo un instrumento:
 no toca mal quien le toca.

Cant. Contento, hácia dónde estás?
 que el mundo todo te adora,
 por hallarte, quien te ignora,
 quien te halla, porque te vas.

Cond. A quién (ay Cielo!) no espanta
 ver, que al contento oportuno
 jamas le tiene ninguno?
 qué bien dice! qué bien canta!
 Siempre el contento faltó,
 siempre en su sombra se ofusca:
 quien no le tiene, le busca;
 quien le tuvo, le perdió.

Cant. Forman de tí sentimiento
 humildes y poderosos:
 si á todos tienes quejosos,
 por qué te llaman contento?
 Contra tí es claro argumento,
 quando caminando vas,
 lo incierto que siempre estás
 llorando, quando te adora
 por hallarte, quien te ignora,
 quin te halla, porque te vas.

Cond. Vive Dios, que ha suspendido
 mi alma esta voz: ó cuánto
 á la dulzura del canto
 se persuade el oído!
 Qué inconstante es la fortuna!
 qué de por vida el pesar!
 mas quiero llamar y entrar:
 Há del Castillo de Luna.

Por lo alto del Castillo el Alcayde.

Alcayd. Quién llama?
Cond. Quien irse luego
 pretende; abrid, Castellano,
 porque ponga en vuestra mano
 del Rey de Leon un pliego.

Alcayd. Que vuestro nombre me deis
 espero. *Cond.* Milicia extraña!
 el Conde soy de Saldaña.

Alcayd. Suplicóos que perdoneis.

Cond. Nunca el órden se condena!

Abrid, Alcayde el Castillo.

Entra el Alcayde.

Alcayd. Ya han levantado el rastrillo,
 entrad, Conde, en hora buena.

Cond. Voy á entrar, y el corazon
 me dice: Jesus, qué engaño!
 qué discurso tan extraño!
 qué fantástica ilusion!

Entraré ó daré la carta
 sin entrar? terrible puerta!

O cuánto el temor dispierta
 quien de su lealtad se aparta!

Áy Infanta de mi vida!
 si á verte no volveré?

parece que en cada pie
 tengo una monaña asida.

Si el Rey: - mas esto es locura,
 mortal parece que estoy,

y que por mi pie me voy
 entrando en la sepultura.

A resolverme no acierto,
 temeroso y discursivo,

quando discurro, estoy vivo,
 quando inmovil, estoy muerto.

Ya es fuerza, que me resuelva
 á la obediencia importuna:

entro al Castillo de Luna,
 plegue á Dios, que á salir vuelva.

Entra, y salen el Alcayde y Soldados.

Alcayd. Con órden del Rey, sin duda,
 viene el Conde. *Sold.* Qué será?

Alcayd. Ella misma lo dirá,
 que obra ciega y habla muda:

salir quiero á recibillo. *Sale el Conde.*

Cond. Bien lo podeis excusar,
 Alcayde. *Alcayd.* Hoy tiene de honrar
 Vuecelencia este Castillo.

Cond. Es imposible, que paso
 muy de priesa á Barcelona
 á cosas de la Corona;

y como esta Fuerza es paso,
 me mandó el Rey, que este pliego

os diese: abrirle podeis,
 porque vos lo executeis,

y porque yo parta luego:
 que he de volver á Leon
 tan aceleradamente,
 que dude si he estado ausente
 la mas curiosa atencion.

Alcayd. Conde. De qué os admirais?

Alcayd. De que el Rey lo que decís
 no escribe, y de que venís
 mas de espacio que pensais.

Cond. Cómo? qué pudo escribir?

Alcayd. El Rey:- excuso el decirlo;
 Soldados, echad el rastrillo,
 que el Conde no ha de salir:
 leed, Conde, estos reglones. *Dásele.*

Cond. Primero, Alcayde (ay de mí!)
 con el alma los leí.

Alcayd. Prevenid luego prisiones.

Cond. O qué bien agradecido
 os he de estar, corazon
 vuestras profecias son
 tan ciertas, como esta ha sido.
Va uno por la cadena.

Mas porque de verdadero
 os canonicen y crean,
 lean los ojos, y crean
 lo que vos visteis primero.

Lee. Alcayde del Castillo de Luna, luego
 que haya llegado el Conde de Saldaña
 con este ú otro despacho, le sacareis los
 ojos, y le pondreis en la mas obscura prision
 del Castillo. Yo el Rey.

Llegasteis, desdichas mias,
 mas no hicisteis mucho, no,
 si os ayudó el Rey, y yo
 traigo las cartas de Urias.
 Prendióme el Rey, bien pudiera
 templar conmigo el rigor;
 mas quien no sabe de amor,
 achaques tiene de fiera.
 De nada tanto me aflijo,
 aunque mas penas aguardo,
 como de que á mi Bernardo
 le encubrí que era mi hijo.
 Há Rey! cautelas y engaños
 áru prision me han traído,
 sepultando en el olvido
 servicios de tantos años:
 vive Dios, que me provoco.

Alcayd. Ya, Conde, no es tiempo de eso,

considerad que estais preso.

Cond. Perdonadme, que estoy loco.

Alcayd. A un Soldado de los dos
 entregad la espada luego.

Cond. A vos, Alcayde, os la entrego,
 y harto hago en dárosla á vos;
 y tratadme con decoro,
 que aunque preso, soy quien soy,
 y en aquesta espada os doy
 muchas victorias del Moro,
 que al Rey mi señor le he dado
 escrita con sangre roxa
 en el libro de mi hoja
 de ese acero desgraciado.

Alcayd. Prevenid una cadena. *Pónesela.*

Cond. Yo os agradezco el rigor,
 que un prisionero de Amor
 á estos hierros se condena.

Alcayd. Prisiones de enamorados
 siempre son graves prisiones.

Cond. Son de oro los eslabones,
 y por eso son pesados;
 y que me saqueis los ojos
 tambien he de agradecer,
 por tener mas que ofrecer
 al dueño de mis enojos.
 Ay divina Infanta mia!
 los ojos mi amor te ofrece,
 para que mi noche empiece
 donde se acabó tu dia.

Alcayd. Apelad al sufrimiento,
 Conde, que á eso se dispone
 aquel que atrevido pone
 sobre el Sol su pensamiento.

Cond. Vamos, ojos: al crisol
 de amor os he de entregar:
 quien al Sol pudo mirar,
 no vuelva á mirar al Sol.
 En obscuridad y espanto
 quedais; y pues para ver,
 ojos, no os he menester,
 ciegos bastais para el llanto.

Alcayd. Qué lástima! qué dolor!

Cond. Muera así quien no recela
 de un sabio Rey la cautela,
 y la envidia de un traidor.
 Pero en efecto, aunque mas
 la envidia sea contra mí,
 la gloria que merecí,

no podrá borrar jamas.
 Ni el Rey ni el mundo podrán
 reducir á eterno olvido
 lo que ya una vez ha sido;
 quede ciego, quede en calma
 quien goza tales despojos,
 porque le salga á los ojos
 la calentura del alma.
 Pues, ojos, dexaos cegar,
 que ya la fama responde:
 Aquí tuvo fin el Conde:
 qué desdicha! qué pesar!

JORNADA TERCERA.

Salen el Rey, Don Rubio y acompañamiento.

Rey. Agradecido os estoy,
 Conde Don Rubio, al aplauso
 y grave recibimiento,
 que ayer, generoso y franco,
 hicisteis á mi sobrino
 Bermudo, á quien he llamado
 para hacerle mi heredero.
 Así me vengo, así trato *ap.*
 de hacer mas grave el castigo,
 mas penoso y mas pesado
 en mi injusta hermana. *Rub.* Ha sido
 digna eleccion de un Rey Casto.

Rey. Verdad es, que con la pena
 y el enojo, atropellando
 la cólera á la razon,
 del primer furor llevado,
 tambien ofrecí lo mismo,
 Conde, al Francés Carlo Magno:
 la respuesta ha diferido,
 no sé si querrá aceptarlo.

Rub. Viendo, señor, que ya tienes
 heredero, será agravio
 de la Nacion Española.

Rey. Hermana, pues causa has dado
 á esta accion, bien es la veas,
 para hacer mayor tu llanto,
 con la eleccion de Bermudo,
 que han de jurar mis vasallos.

Rub. Ya conoces mi lealtad.

Rey. En qué se ocupa Bernardo?

Rub. Rompiendo lanzas está
 en el Parque de Palacio.

Rey. Bien está, ocúpense en eso
 sus pensamientos bizarros.

Rub. Ya la Infanta, con sus Damas,
 y Bermudo acompañado
 de la Nobleza, han venido.

Rey. Volved la silla, que en acto
 como este, quiero que sirva
 á mi grandeza y su espanto,
 con la cortina de Asturias
 todo el dosel Castellano.

*Siéntase el Rey, y vase Don Rubio, tocan
 caxas, y sale la Infanta por una puerta,
 y por la otra Bermudo muy galan
 y acompañamiento, y hacen*

reverencia al Rey.

Rey. Tomad asiento, Bermudo:
 Doña Ximena, sentaos.

Berm. Primero, señor, primero,
 pues de Asturias he llegado
 á veros, dareis licencia
 para que os bese la mano.

Infant. La misma licencia os pido.

Berm. Ya la espero. *Infant.* Ya la aguardo.

Rey. Tiempo habrá para eso, haced
 ahora lo que yo mando. *Siéntase,*
 Bien sé, Bermudo, bien sé,
 que extrañareis el llamaros
 tan apriesa, no sabiendo
 la causa para que os llamo.

Berm. Tu carta, señor, me dieron
 en Cobadonga, fué tanto
 mi alboroto, que parí
 con solo veinte Hijosdalgo
 que me estaban asistiendo,
 y sobre el mismo Caballo
 en que andaba á caza.

Dentro Bernardo. Abrid,
 que para mí no hay cerrado
 cancel, ni cerrada puerta.

*Sale Bernardo con una lanza, y Monzon
 armado lo mejor que pueda.*

Berm. En la forma que me hallaron
 las nuevas de este suceso,
 vengo, señor, á Palacio
 cansado de romper lanzas,
 mas no de servir cansado.

Hecho un herizo de puntas
 queda el Faquí, tres Caballos
 he rendido y treinta lanzas,

de desmentidos pedazos,
subieron á ser centellas
entre los ardientes rayos
del Sol, volviendo despues
pálida ceniza al campo.

Altéranse, y se levanta Bermudo.

Rey. Volveos á sentar, Bermudo,
no os altereis, que Bernardo
armado os da el parabien,
y el bien venido os da armado:
vive Dios, que le ha temido. *ap.*

Berm. Si acaso es este el bastardo? *ap.*
por cierto que es lindo mozo,
y por extremo bizarro.

Bern. No me habla el tal Bermudo? *ap.*
pues yo tampoco le hablo.

Guarda esta lanza, Monzon. *Dárela.*

Monz. Vive Christo, que han temblado,
y que pensaron sin duda,
que entrabas á lancearlos.

Bern. Vuestra Alteza me permita,
que á un hombre, que importa tanto
en tu presencia, eche ménos:
Cómo, si aquí se han juntado
para accion tan grande, falta
el mayor de tus vasallos,
el mas noble, el mas leal,
el mas valiente y bizarro,
el gran Conde de Saldaña?

Rey. Está ausente y ocupado
en cosas de mi servicio. *Sale un Criado.*

Criad. El Embaxador del Carpio
pide para entrar licencia.

Rey. Entre Abenyusef.

Sale Abenyusef, Moro, Embaxador.

Monz. El perrazo,

qué galan viene de plumas!
qué soberbio! y qué finchado!

Aben. Alfonso valeroso, el Cielo guarde
tu Real persona, y á mayor trofeo,
ántes que llegue el Sol donde mas arde,
se corone tu frente de himenéo.

Rey. Vamos al caso, Embaxador, ¿es tarde,
lo que dice tu Rey saber deseo. (to,

Aben. Si no me engaña, Alfonso, el pésamié-
albricias me has de dar; estame atento.

Almanzór, que en Toledo sobre el Tejo
tiene su Alcazar, y su silla tiene,
á quien tanto cristal sirve de espejo,

que á porfia del Sol es luz perene,
salud por mí te envia; y el consejo,
que por suyo y primero te conviene
romar (no pienso mal, si considero,
que siendo tu enemigo, es el primero.)
Dice, que sabe por noticias ciertas,
que por guardar la castidad que guardas
(no sé, señor, si en esta parte aciertas)
la sucesion anulas y acobardas,
y entregas, capitulas y conciertas
á Castilla al Francés, cuyas gallardas
Lises las convidas, con cruel saña,
á la invasion de la invencible España.
Y así, de tus intentos condolido,
con noble pecho y con piedad humana
te pide, y yo por él, señor, te pido
la divina hermosura de tu hermana
para su esposa, puesto que vencido
está el inconveniente de Chistiana,
en el no profesar iguales leyes,
con exemplares muchos de otros Reyes.
Si en esto vienes, si á conciertos tales
te inclinas, estimando la persona
de Ximena, pondrá á sus pies Reales
el Laurel inmortal de su Corona,
y vinculando paces inmortales,
con parentesco que la sangre abona,
adornarán sus sienas algun día
Lorca, Murcia, Xeréz y Andalucía.
Pero si ingrato su aficion desprecias,
pero si entregas al Francés las llaves,
á una guerra darás dos causas necias,
á un castigo darás dos culpas graves:
si de Español legítimo te precias,
cómo olvidarte de Pelayo sabes?
cómo al Francés (resolucion extraña!)
entregar quieres la indomable España?
Pues primero que en ella belicoso
Cárlos, de tí llamado, estampe huella,
has de ver nuestro Ejército copioso
vengar á España en su mayor querella,
que bien sabrá valiente y animoso,
quien conquistarla supo, defendella,
y á tí, despues que la haya defendido,
te quitará el Laurel no merecido.
Esto manda mi Rey te notifique:
con la paz te convido ó con la guerra;
aquella acepta ó esta se publique;
su amistad oye ó los oídos cierra,
por-

porque el enojo ó la piedad se aplique
á perdonar ó arruinar tu tierra,
que para resistir tanto enemigo,
primero, Alfonso, ha de acabar contigo.

Rey. Quiero, atento á mi decoro, *ap.*
que Bernardo hable por mí.

Ya tu Embaxada entendí:
Bernardo, responde al Moro.

Bern. Dile á tu Rey, que se engaña,

ó que le engañó el traidor,

que imputó al Rey mi señor,

que quiere entregar á España:

y que tambien se condena

á otro engaño, en entender

que puede ser su muger

la Infanta Doña Ximena.

Dos veces su engaño sienta,

si necio por él suspira,

que lo primero es mentira,

y lo segundo es afrenta.

Con esto te he respondido,

y quando hacer guerra intente,

dile, que junte su gente,

dile, que marche atrevido:

pero que si en Francia acaso

nos juntáremos yo y él,

partiremos el Laurel,

impidiendo á Francia el paso.

Y que seremos amigos

contra la furia Francesa;

pero acabada la empresa,

eternamente enemigos:

porque atento á mi valor

confiese España despues,

que la defendí al Francés,

y la libré de Almanzór.

Y puesto que aquí has andado

arrogante y atrevido,

el castigo merecido

á tus locuras no he dado,

porque Embaxador no ofendes,

y enojado contra Francia,

te perdono la arrogancia

por lo que á España defiendes.

Abeny. Mi Embaxada deslució. *ap.*

Bern. Vete, goza de la leys

y si pregunta tu Rey,

quién la respuesta te dió,

dí, que con pecho gallardo

respondió á su desatino

del Rey Alfonso un sobrino,

y que se llama Bernardo:

no te vas? *Abeny.* Graves respuestas!

Bern. Aguardas á que me enoje,

y que enojado te arroje

por una ventana de estas?

Abeny. Peso yo mucho, Bernardo,

y es mi Rey muy poderoso.

Bern. Huélgome, que seas brioso.

Abeny. Huélgome, que seas gallardo:

quando en presencia del día

resplandece alguna Estrella,

es señal que toca en ella

del Sol la ardiente harmonía:

y pues tú brillando estás

en presencia del Sol, creo,

que es conforme á su deseo

la respuesta y luz que das.

Bern. No de un Sol, de muchos Soles

un Español se acompaña.

Abeny. Tambien los Moros de España

somos, Bernardo, Españoles.

Bern. Africanos sois, que en ella

vuestro Imperio dilatarsteis.

Abeny. Y vosotros no baxasteis

de la Scitia á poseella?

Aliento, espíritu y manos

nos influye un Cielo á todos:

qué tuvieron mas los Godos,

que tienen los Africanos?

Bern. Ganarla al Romano arnés

nuestras valientes espadas.

Abeny. Y nosotros á lanzadas

os la quitamos despues.

Bern. Que fué á lanzadas conoces

mucha sangre derramando,

mas yo la iré restaurando

á bofetadas y á coces.

Abeny. Tira, y te responderá

aquella abrasada aroma,

aquel carbon de Mahoma,

aquel pebete de Alá,

aquel adusco tizon,

ó abrasante maravilla,

que deborando á Castilla

á sus pies puso el Leon.

Bern. Arrogante, Moro, estás.

Abeny. Toda la arrogancia es mia.

Bern.

Bern. Yo te buscaré algun día.

Abeny. En el Carpio me hallarás,
Alcayde del Carpio soy.

Bern. Ya dudo, que en él me esperes.

Abeny. Ay de tí, si al Carpio fueres! *Vase.*

Bern. Ay de tí, si al Carpio voy!

Rey. Invencible es su valor. *ap.*

Bern. Perdona si en tu presencia

me he tomado esta licencia

de responder á Almanzór

colérico y arrojado;

porque sé por cosa llana,

que ni le has de dar tu hermana,

ni al Rey de Francia tu Estado:

pues quando tú hacer intentes

qualquier cosa de las dos,

lo estorbarán, vive Dios,

tus vasallos y parientes.

Rey. Qué valor tan atrevido!

Bernardo, está muy bien hecho, *ap.*

de vos estoy satisfecho,

muy bien habeis respondido.

Besad ahora la mano

á Bermudo, en quien espera

tenga Príncipe heredero

el Leonés y el Castellano.

Bern. Esa es injusta eleccion,

que toda piedad condena,

viviendo Doña Ximena

tu hermana Infanta en Leon

á ella sí, por soberana

Señora, besaré el pie,

obedeciendo, ántes que

á tu sobrino á tu hermana.

Y si por muger perdió

la accion al Reyno, imagino,

que sobrino por sobrino,

ninguno es mayor que yo.

Rey. Si porque sobrino os diga,

Bernardo, os desvanecéis,

oídme atento y sabreis

la razon que á eso me obliga.

Bern. Pues para haber de escuchar

mas conforme á mi decoro,

la que dexó el Moro, *Sientase.*

bien la puedo yo ocupar,

que la merezco mas bien,

y estoy, como veis armado,

de romper lanzas cansado,

y de estar en mí tambien.

Rey. Ya es sobrado atrevimiento:

levantaos, estaos en pie.

Bern. Nunca la silla dexé,

quando una vez tomé asiento.

Rey. Qué es aquesto, vil bastardo?

Inf. Señor:- *Bern.* Mire vuestra Alteza:

Bern. Vuestra es, señor, mi nobleza,

yo soy el mismo Bernardo

que habeis honrado hasta aquí,

á quien Caballero armasteis,

y á quien sobrino llamasteis;

y siendo, señor, así,

mi honra está á vuestra cuenta,

pues dixisteis, vive Dios,

quien os afrentare á vos,

á mí, Bernardo, me afrenta.

Y pues ya de vuestra boca

afrentas tales oí,

la mitad me toca á mí,

y á vos la mirad os toca.

Rey. O villano mal nacido!

tambien conmigo se iguala?

prendedle. *Bern.* No hay en la sala

ninguno tan atrevido.

Rey. Qué esto sufro! qué esto aguardo!

no hay ninguno que se atreva?

matadle. *Bern.* Nadie se mueva,

cobardes, que soy Bernardo:

dame esa lanza. *Monz.* A ocasion

la pides. *Rey.* Llegad, prendelle,

vasallos. *Monz.* Nadie resuelle,

cobardes, que soy Monzon. *Vanse.*

Bern. Temerario atrevimiento!

Rey. A quien me dió este enemigo

yo le daré igual castigo;

ola, llevad á un Convento

á Ximena, muera en él

sin ver al Sol. *Infant.* Tus enojos

sienten con llanto mis ojos.

Bern. No es grandeza el ser cruel;

mira, señor:- *Rey.* Quien nació

mi sangre, cómo no siente

mi agravio? aspid reviente

quien este monstruo parió.

Infant. Ojos, de tristeza llenos,

pedid llanto al corazon,

pues de que os falta ocasion

no os podeis quejar al ménos.

Bien,

Bien, que entre tantos enojos,
sin duda os podeis quejar,
que sois pocos á llorar,
si habeis de llorar enojos.

La pena que el alma siente,
aliviarla no podeis,
que ya veo que ofreceis
á mucho mar corta fuente.
Mas para males tan largos,
para penas tan crecidas,
para tales avenidas,
ojos, convertíos en Argos.

Rey. Quien con libre destemplanza
se ofende y me ofende á mí,
pidiendo está contra sí
el castigo y la venganza.

Berm. Señor:- *Rey.* No hay que replicar,
á un tiempo habeis de partir,
por allí vos á morir,
por aquí vos á reynar. *Vanse.*

Sale Abenyusef.

Abeny. Justamente enojado y ofendido,
la respuesta Almanzór de Alfonso ha oí-
y para castigar ya justamente, (do,
toma las armas y convoca gente.

Ya está la furia mia
midiendo el tiempo, y deseando el día
de verme en la campaña
con aquel su sobrino, que en la España
la libertad tan á su cargo toma,
desprecio de Almazór y de Mahoma:
ó extraño desvarío!

ó arrogante Nacion! ó Español brio!
*Sale Monzón de Moro, vestido á lo gracioso,
con un papel.*

Monz. Jesus! temblando llego,
ciego de lengua y de razones ciego,
á dar este papel: Moro gallardo!
valgame un estornudo de Bernardo!
qué diré? que no acierto á saludalle:
Alayzalema. *Aben.* Extraordinario calle!
quién eres?

Monz. Soy un Page á media tienda
de un Moro (plege á Dios que no lo en-
q sale desterrado de Toledo: (tienda) *ap.*
este papel te escribe. *Dale un papel.*

Abeny. Excusa el miedo;
llega mas.

Monz. No es, señor, sino respeto,

que soy muy cortesano y muy discreto:
vive Dios, que el demonio no intentara
resolucion igual ni accion tan rara. *ap.*
Lee Abenyusef. Valeroso Abenyusef, solo por
darte cuenta de mis cosas quise pasar por el
Carpio: fuera de las murallas te aguardo,
confiado en tu nobleza. Alá te guarde.

No firme. *Monz.* Es discreto el amo mio.
Abeny. Mas parece papel de desafio.

Monz. Jesus! es muy tu amigo,
que viene muy de paz: qué es lo que digo?
Abeny. Qué dixiste?

Monz. Perdido soy: Jesus dixi: qué mengual
lo que en el alma está, dice la lengua. *ap.*

Abeny. Cómo se llama?

Monz. Aquí me coge vivo: *ap.*

Don, Don:- *Abeny.* Cómo?

Monz. Mal los nombres percibo.

Abeny. Tu dueño has olvidado?

Monz. Soy flaco de memoria y descuidado;
mas Dios me acuerde, si afirmarlo puedo:
Azarque es, desterrado de Toledo,
que es de Azarques muy antigua maña
el vivir desterrados en Ocaña.

Abeny. Ahora bien, dile q entre, sea quien fuere.

Monz. Como va desterrado, hablarte quiere
primero. *Aben.* Entre aunq vaya desterrado.

Monz. Eso será despues de haberte hablado,
porque tambien y todo,
como va desterrado, importa el modo,
y el hablarte de paso,
porque va desterrado. *Abeny.* Extraño caso!
qué haceis en referirme este destierro?

Monz. Dificil es, por Dios, cazar un perro.

Abeny. Vé y dile que ya salgo.

Monz. No fuera malo prevenimos algo
de comer, porque estamos
en ayunas los mozos y los amos.

Abeny. Basta, que eres criado entretenido.

Monz. Comeré como un lobo descosido;
pero no has de olvidarte de que espera
mi amo. *Abeny.* Luego voy.

Monz. De esta manera *ap.*
engañado, le aseguro.

Abeny. Dónde dices que está?

Monz. Fuera del muro:

no quieras dilatallo.

Abeny. Mientras tú comes, me pondré á caballo. *(Vase.)*

Monz. Qué comer? guarda Pablo, que por yerro

vendrá á ser la comida pan de perro,
cogiéndome entre puertas
esos que ahora me las dan abiertas:
mientras toma el Caballo se la pego,
tomando las del mismo Villadiego.
*Vase, y sale Bernardo de Moro, con lanza
y adarga.*

Bern. Cuidadoso de Monzon,
arreatado á un freno dexo
el Caballo, y poco á poco
á las murallas me acerco
por si sale Abenyusef;
el hecho mas árduo intento,
que acreditan las Historias
de los Romanos y Griegos:
pero ya vuelve Monzon. *Sale Monzon.*

Monz. Dame tus brazos.
Bern. Qué has hecho?

Monz. Abenyusef te lo diga,
que al galope de un ovéro
viene tras de mi buscando
al Moro Azarque mi dueño,
que así te nombré, y que vienes
desterrado de Toledo.

Bern. Suerte dichosa he tenido.
Monz. No tan dichosa, que el perro
es un jayan, y no está
tan en la bolsa el suceso.

Bern. Qué importa, Monzon, si yo
tengo de mi parte al Cielo?

Monz. Ya se apea del Caballo,
y á verte viene resuelto.

Sale Abenyusef con lanza y adarga.

Bern. El Moro es valiente y noble. *ap.*

Abeny. Guardaos Alá, Caballero.

Bern. Bien venido, Abenyusef;
conocesme? *Abeny.* Tu escudero
me ha dicho, que eres Azarque,
y que por cierto destierro
dexas tu Patria, aunque tú
en tu papel no hablas de esto.

Bern. Pues no soy sino Bernardo,
Moro, que á cumplirte vengo
la palabra, y á buscarte
al Carpio, y yo soy el mismo
quien la respuesta te dió
en Leon, y quien pretendo
ahora darte á entender
quán diferentes y opuestos

somos Godos y Africanos,
aunque nos influya un Cielo.
Abeny. Valiente eres y animoso,
nunca esperé lo que has hecho
porque venirme á mis manos,
como al iman el acero,
tan bizarro en los peligros,
y tan hallado en los riesgos,
es accion que me ha cogido
de susto todo el aliento.

Bern. El que de Español se precia,
obrando mas habla ménos.

Abeny. Si he de pelear contigo
lanza á lanza y cuerpo á cuerpo,
bien podrás ser mas dichoso
consiguiendo el vencimiento,
pero mas valiente no.

Bern. Sí lo soy, pues solo vengo
solo á tu casa á buscarte.

Abeny. Toma el Caballo.

Bern. Haz lo mesmo.

Abeny. Presto verás si te igualo.

Bern. Presto verás si te excedo.

Abeny. Lástima tengo á tus años.

Bern. Lo piadoso te agradezco. *Vante.*

Monz. A un golpe de la fortuna
se ha enviado todo el resto,
plegue á Dios, que no perdamos;
mas servirá de consuelo
á toda desdicha el ver,
que con buen punto perdemos.

Ya traban la escaramuza,
ya se buscan, y cubiertos
por la mitad de la adarga
tercian el robusto fresno.
Valiente y diestro es Bernardo,
el Moro es valiente y diestro;
mas vive Dios, que el muchacho
entra y sale tan ligero,
que dos tiempos executa
primero que el Moro un tiempo.
Ea, valor de Castilla:

bravo golpe! bravo encuentro!
de la silla le ha sacado,
y desnudando el acero,
bizarramente destroza
la cabeza de aquel cuerpo.

Sale Bernardo embaynando la espada.

Bern. Aquesto es hecho, Monzon,
pon-

De Don Alvaro Cubillo de Aragon.

ponte en el Caballo mesmo
del Moro, con su cabeza
en el arzon, vé diciendo
por el Carpio: Santiago,
que del Carpio he de ser dueño.

Monz. Dame esa mano, señor,
que con lo que ahora has hecho,
Alcides fué un mata moscas,
una dueña fué Teséo,
y un enano, vive Christo,
fué Aquiles, y callar puedo.

Bern. Haz, Monzon, lo que te mando.

Monz. Santiago al Carpio demas,
y en el Caballo del Moro
entraré por él diciendo

lo que ya en Francia los hijos
de la Barbuda dixeron:

Santiago, Santiago. *Bern.* Viva
Alfonso, del Carpio dueño. *Vanse.*

*Salen el Rey, Bermudo, el Conde D. Rubio
y acompañamiento.*

Rey. En esta antigua y generosa Villa
de Luna, donde á Cortes se han juntado
los Reynos de Leon y de Castilla,
quero, Bermudo, que quedeis jurado.

Bern. Quié leváta su hechura, mas la humilla:
mas vuestro quedo, quanto mas honrado.

Rey. Este Castillo anciano, cuyas piedras,
del tiempo envejecidas peynan yedras,
larga prision ó sepultura ha sido
del desdichado Conde de Saldaña:
aquí, de su traicion arrepentido,
exemplo vive á la lealtad de España.

Bern. Nunca mas de Bernardo se ha sabido,
que su soberbia presuncion le engaña.

Rub. Se sabe, que en el Carpio retirado,
sirviendo al Moro, puede dar cuidado.

Rey. Nunca á mí me le dió: y yo he sabido,
que no solo á quien es Bernardo atiende,
Religioso en la Fe que ha recibido,
mas que del Carpio la cóquista emprende.
Esto, Conde, es verdad: y aunq' atrevido
su libre condicion tal vez me ofende,
como en él sangre mia considero,
quando estoy mas ayrado, mas le quiero.
Mas qué caxas son estas? *Tocan caxas.*

Rub. Al son grave
de un atambor, que los vientos inquieta,
y á la voz de un pífano suave,

que el contrapunto lleva á la baqueta,
Bernardo marcha. *Rey.* Ya sin duda sabe
la verdad, que hasta aquí le fué secreta,
y que en esta prision, viviendo muere
su padere el Conde, y libertarle quiere.

Rub. Retirate, señor. *Rey.* Qué decís, Conde?
yo retirarme? mi presencia sola
á Ejército mayor no corresponde?
la autoridad Real, la fe Española
nunca retira el rostro ni le esconde:
yo solo, vive Dios, he de esperallo,
q' no hay valiente con su Rey, vasallo.

*Salen Bernardo marchando, y Monzon con
Banderas y Cautivos presos.*

Bern. Señor, si tus pies merece
quien tu disgusto ocasiona,
para redimir mi culpa
te ofreceré una victoria.

Al Carpio llegué, y con una
estratagemá dichosa,

á Abenyucef su Alcayde,
fiero blason de Mahoma,

saqué á la campaña, á donde
de la mia á su persona,

le dí á entender las ventajas
de nuestra Nacion heroyca.

Cuerpo á cuerpo le dí muerte,
escribiendo con la roxa

tinta de su sangre, triunfos
para la familia Goda.

Con su cortada cabeza
pase al Carpio (accion heroyca!)

á gobernar á los suyos:
descerrajé las mazmorras

de los Christianos Cautivos,
y con su ayuda, aunque poca,

gané el Carpio: bien lo dicen,
aunque en moderada pompa,

esas Banderas vencidas,
que arrastradas se te postran.

Y aspirando á mayor triunfo,
con esta pequeña escolta

de prisioneros Christianos,
alcancé feliz victoria

de diez y nueve Castillos,
que rendidos me sobornan

con vasallage, obediencia,
con blasones, vanaglorias.

Todo es tuyo, solo quiero,

porque al olvido se oponga,
el apellido del Carpio,
y por armas prodigiosas
los diez y nueve Castillos,
triunfo de mi espada sola.

Rey. Bernardo, sobrino, amigo,
poco hace quien os perdona,
quando vos sabeis ganaros
la gracia con tales obras.
Dame los brazos, y ya *Abrazale.*
que sangre mia os abona,
poned un Leon por Armas,
y los Castillos por orla.

Bern. Con tal favor, magno Alfonso,
temblará el Africa toda.

Rey. Abrazad á vuestro primo.

Bern. Honrais, primo, la Corona
de Leon, pues por vos solo
tan grandes aumentos goza.

Sale Doña Sol y acompañamiento.

Sol. Deme los pies vuestra Alteza.

Rey. Sol, habeisme suspendido:
quién á Leon os ha traído?

Sol. Una eclipsada belleza,
la mas cortés humildad,
la grandeza mas postrada,
la fe mas ciega y vendada,
la mas presa libertad.
Sabiendo, señor, tu intento,
quien le venera y adora,
que es la Infanta mi señora,
para hacer el juramento
poder bastante me ha dado;
y en fe de que mas se humilla,
el derecho de Castilla
en Bermudo ha renunciado:
esta es la renunciacion. *Dale un papel.*

Rey. Sol, nunca mas lo habeis sido,
pues me habeis enternecido.

Bern. Aquesta es buena ocasion. *ap.*

Señor, si de mi lealtad
en parte alguna te obligas,
suplicote, que me digas
aquella oculta verdad,
que sabes ignoro yo.

Cesón ya, cesen agravios,
y sepa yo de tus labios,
el padre que el sér me dió:
que alentado en mis enojos,

siendo Sol la luz que estimo,
quando á mirarla me animo,
baxo cobarde los ojos.

Rey. Ambos están á mis pies, *ap.*
y de ambos siento el pesar.

Sol. Volvedme luego á hablar;
Bernardo, vedme despues. *Vanse.*

Sol. Qué tan poco valga en tí,
invisto Alfonso, mi llanto!

Bern. Qué en quien tiene de Dios tanto
huya la piedad así!

Sol. hermosa, perdonad,
que del alma, si pudiera,
á vos la mitad os diera,
y á la Infanta otra mitad.

Sol. Bernardo, en vuestros enojos
parte me toca y no poca;
mas como falta en la boca,
busco la lengua en los ojos.

Bern. Si vos tambien me encubris
este secreto, qué aguardo?

Sol. No puedo hablar yo, Bernardo.

Bern. Harto en eso me decís.

Sol. Y harto hago en encubrirlo.

Bern. Y yo en tener sufrimiento
en la sinrazon que siento.

Sol. Este encantado Castillo
encubre lo que buscáis.

Bern. Qué decís?

Sol. No me entendeis?
desencantadlo y vereis
todo lo que deseais. *Vanse.*

Bern. Monzon, sin alma he quedado.

Monz. Y yo mucho mas, señor,
porque á quién no dá temor
ver un Castillo encantado?

Bern. Vive el Cielo soberano,
que no ha de quedar en él
piedra, cornisa ó lintel,
que no registre mi mano.

Monz. Sol, si esta nueva nos dáis,
por qué tan presto os poneis?

Bern. Desencantadle y vereis
todo lo que deseais?

Vén, Monzon, que de mi llanto
la serenidad es cierta.

Monz. Yo me quedaré á la puerta
mientras vences el encanto.

Bern. Qué poco estimas los gozos,
que

que yo he de partir contigo!

Monz. Nunca, señor, fui yo amigo de encantados calabozos.

Bern. En vano, Monzon, procuras quedarte; pasa delante.

Monz. De qué Caballero andante se cuentan mas aventuras?

Bern. Sol lo dixo; y pues lo es tanto, que deslumbra mi fortuna, entro al Castillo de Luna á descifrar este encanto. *Vanse.*

Sale el Conde de Saldaña con barba cana y cadena mal vestido, como que vá á tientas.

Cond. Desdicha suerte mia, hasta cuándo has de dudar?

Noche, acaba de pasar,

llegue de mi muerte el dia:

Noche es la Noruega fria,

de mis ojos muerte ayrada:

cómo eres tarda y pesada?

Mas debes de ser muger,

muerte, pues mas quieres ser

temida que no rogada.

Arrimase el Conde, y salen Bernardo y Monzon con las espadas desnudas.

Bern. Monzon? *Monz.* Señor.

Bern. Hasta aquí

la luz del Sol me alumbraba.

Monz. Eclipsóla mi desdicha,

aquí sus rayos no alcanzan.

Bern. Qué obscuridad! *Cond.* Ay de mí!

Bern. Valgame Dios!

Monz. Que encantada

voz! Santa Clara bendita,

si sois por Clara abogada

de obscuridades, lo claro

de vuestro nombre me valga.

Cond. Triste de mí, sin ventura!

Monz. Cadenita nos arrastra?

Moro encantado tenemos.

Bern. Ardientes suspiros lanza,

y tristes lágrimas vierte.

Monz. De esta manera lloraba

aquel cautivo en Orán

en la desierta campañas;

mas aquí, señor, yo pienso,

que dos mil Demonios andan.

Bern. Vive Dios, que he de saber

quién se queja, ó por qué causa.

Cond. Quando entré en este Castillo apenas tenia barba,

y ahora, por mi desdicha,

la tengo crecida y cana.

Olvidado estoy, sin duda:

pero quien está en desgracia

de su Rey, todos le olvidan,

hasta su sangre le falta.

Qué bien se vé! pues mi hijo,

siendo prenda tan del alma,

con tanto descuido vive,

con tanto olvido me agravia.

Valiente me dicen que es

los Monteros y los Guardas,

que dicen sus valentias,

y me cuentan sus hazañas.

Bern. Hacia aquí, si no me engaño,

queda una voz se escuchaba.

Cond. Ay hijo del alma mia!

sombra he quedado y fantasma

de estas obscuras tinieblas,

de estas lóbregas moradas.

Monz. Fantasma dixo? qué esperas?

quién nos mete con fantasmas?

Bern. Quién eres, sombra ó vision,

que atemorizas y espantas?

de qué agravio te lamentas?

de qué sin razon te agravias?

Cond. Quién es el que lo pregunta?

Bern. Quien, pisando horrores, llama

á los peligros, se atreve

á poner aquí las plantas

de este encantado Castillo,

porque le importa á su fama

saber lo que en él se encierra.

Cond. Si esa inclinacion gallarda

tuviera algun hijo mio,

no fueran mis penas tantas.

Bern. Haced cuenta que lo soy,

y decidme lo que os falta,

que vive Dios, que descienda

de un riesgo en otro, á la estancia

del abismo, y que encadene

aquel monstruo de tres caras

con los hierros que le atigen,

y vuestro encanto deshaga.

Cond. No estoy encantado, no,

muerto sí, que es mas desgracia.

Monz.

Mor. Muerto dixo ? aquí del miedo:
aun peor está que estaba.

Cond. Posible es que no sabeis
mi historia quando en España
es tan pública, que ya
hasta los niños la cantan ?

Bern. Que yo la ignoro confieso.

Cond. Entre otras pobres alhajas
ha de haber aquí una silla: *Sientase.*
sentaos, la oireis, que no es larga.

Muchos años ha (que muchos
son los que en prision se pasan)
que en aquestos hierros vivo,
siendo otros yerros la causa:
aunque si yerros de Amor
se disculpan en quien ama,
nunca en generosos pechos

cupieron tantas venganzas.
Verdad es que de mis penas
la mas crecida no iguala
al menor bien que gocés;
que aunque todas las pasadas
glorias parecen menores,
las mias no se comparan
con las demás, porque fueron
mas allá de la esperanza.

Volé al Sol (qué atrevimiento !)
llegué al Sol (qué libres alas !)

fui envidiado (qué peligro !)
caí del Sol (qué desgracia !)

Fuí yo en mis años primeros
muy dichoso con las Damas,
que era muy galan decian:

ay Dios, cómo se engañaban !

Puse los ojos en una,
que por lo ménos fué hermana
del Rey de Leon el Casto:

aquí la memoria acaba,
perdonad, que me enternezco
en tratando de la Infanta.

Bern. Descansad, que con el llanto
los afligidos descansan.

Cond. Merecí favores suyos,
y resultó de esta causa
un hijo, que ahora (ay de mí !)
con qué ingratitud me paga
el sér que le dí, pues nunca
se ha acordado de mis canas !
Serví al Rey contra los Moros

de Toledo y Calatrava,
ganando muchas victorias,
venciendo muchas batallas,
porque peleaba Amor
con el afecto y las armas.
Las mercedes que me hacia
á mis amigos las daba
para enmudecer la envidia,
si hay precio que tanto valga.
Vendíome, al fin, un traidor,
que era el mismo que criaba
mi hijo, zeloso en fin,
que zelos lealtad no guardan.
Descubrió al Rey el secreto,
y con unas falsas cartas
á este Castillo me envia,
donde riguroso manda,
que en él me saquen los ojos,
y que en esta prision vaya,
como el gusano de seda,
con mi llanto y con mis ancias,
labrando para la vida
el sepulcro y la mortaja.
Pero lo que mas me aflige
en penas tan dilatadas,
es, que la sangre en mi hijo
ni le incita ni le llama,
ni de mi prision se ofende,
ni de mi olvido se agravia.
Sobrino le llama el Rey,
y pienso que esta es la causa
que le obliga á este desprecio;
pues vive Dios que se engaña,
que si es noble, por mí es noble,
si es valiente, de mi espada
heredó la valentía:
si las Lunas Africanas
pone á sus pies, de mi historia
son capítulos que arranca,
párrafos que deletrea,
y cláusulas que traslada.
Enojado estoy: ay hijo !
perdona si mis palabras
te ofenden; y vos, señor,
perdonadme, que me saca
de la modestia el pesar,
pero la vejez me salva.

Bern. Puede ser que vuestro hijo
viva en la misma ignorancia

que yo, que nunca he sabido
de quanto decís palabra:
cómo se llama? *Cond.* No sé;
ya no sé como se llama,
que solo el nombre de hijo
tenaz la memoria guarda.
El Carpio ha ganado ahora,
y fuera mejor ganancia
dar libertad á su padre,
ó á lo ménos procurarla.

Bern. Ay padre del alma mia!
llegó el desengaño al alma;
mas basta saber quien es,
hagan los efectos pausa,
y al silencio de los labios
mueva el corazon las alas.
Podré yo saber quien sois?

Cond. Notable es vuestra ignorancia,
pues mi nombre no sabeis:
el Conde soy de Saldaña.

Bern. Dexa, padre generoso,
que en su llanto se deshaga
á tus pies un hijo indigno. *Arrodillase.*

Cond. Qué decís? aquí se acaba
mi vida, que del contento
tal vez la alegría mata.

Bern. Bernardo tu hijo soy.

Cond. Bernardo, hijo, que el alma
se me acabó de alegrar,
(ay hijo de mis entrañas!)
ya estarás hombre? *Bern.* Y tan hombre,
que á saber esta ignorada
verdad, hubiera deshecho
piedra á piedra la muralla
de esta prision por librarte,
aunque al respeto faltara:
mas que del Rey, tengo queja
de tí, porque lo callabas,
quando la sangre en mi pecho
me lo dixo veces tantas.

Monz. Y Monzon tambien, señor,
va pelechando, aunque anda
á pleyto con sus vigotes,
porque de tan mala gana
salen, que barba á lo tigre,
un pelo aquí, y otro en Francia.

Cond. Hijo, Monzon, aquí estás?

Monz. Si señor; la mano alarga,
tentarás unos vigotes

sietemesinos, que aguardan
un Barbero del Japon
con Indianas esperanzas;
y por ello pienso, que
les han quemado en escátuz.

Bern. A deshacer este encanto
me entré aquí, y porque deshaga
encanto y agravio á un tiempo,
hoy, á pesar de las Guardas,
Aquiles de aquestos hombros,
saldrás de prision tan larga.

Cond. No, hijo, no quiero yo,
con el amor os culpaba;
sin que lo consienta el Rey,
ni aun la libertad me agrada.
Pedidsela vos, Bernardo,
que de los Reyes la gracia
con la ingratitud se pierde,
y con los ruegos se gana.

Monz. Señor, el Rey, Don Bermudo,
Doña, Sol, Don Rubio y hachas,
una procesion, con otra
de picas y de alabardas,
van entrando. *Cond.* Ay de mí triste!
muerto soy: sobresaltada
la vida entre dos extremos
se apresura y se desmaya.

*Salen el Rey, Doña Sol, Bermudo, Don Ru-
bio y acompañamiento con hachas.*

Rey. Retiraos, dexadme solo,
y porque nadie se salga,
echad, Alcayde el rastrillo.

Bern. Con que tú lo mandes, basta,
que para prender leales,
rastrillos son las palabras
de los Reyes, mayormente
quando al filo de esta espada,
ni herrada puerta es defensa,
ni fuerte rastrillo es guarda.
Alfonso, Rey de Castilla
y de Leon, á quien llaman
el Casto (pluguiera al Cielo,
que nunca te lo llamarán,
pues es virtud, que en los Reyes
la sucesion embaraza)
yo soy Bernardo del Carpio,
y yo nací de tu hermana
la Infanta Doña Ximena
y del Conde de Saldaña.

Esta verdad me has negado:
 y aunque sobrino me llamas,
 no es buen parentesco aquel
 á donde el padre se calla.
 Yo le he hallado en el Castillo,
 á quien encantado llaman,
 quizá porque tú, señor,
 en él á mi padre encantas.
 A rescate te le pido:
 mira quantas Africanas
 cabezas quieres por él;
 y si aquesto no te agrada,
 y en tu Reyno esta moneda
 por forastera no pasa,
 Banderas, Villas, Castillos
 te ofrezco; quède asentada
 en tus libros la razon,
 que como mi padre salga
 de la prision, el valor
 de Bernardo la afianza.
 Mas si cruel me le niegas,
 aun bien que á puerta cerrada
 nos hallamos, vive Dios,
 que de quantos te acompañan
 no ha de quedar hombre vivo,
 empezando mi venganza *Desembayna.*
 por algun cobarde amigo,
 que traidor me escucha y calla.
 Y quando me haya vengado
 pondré, señor, á tus plantas
 mi cabeza, porque veas,
 que la obediencia no falta.
Rey. Cese, Bernardo, el enojo,

vuelve la espada á la bayna,
 que á daros á vuestro padre
 entré aquí, y á que la Infanta
 sea su esposa, y vos quedeis
 legítimo á fuer de España.

Bern. A fuer de esclavo, señor,
 mi boca en tus pies se estampa.
 Conde, señor:- mas qué es esto?
 muerto está. *Rey.* Qué decís?

Bern. Basta,
 que, ó le mató el contento,
 ó el respeto de que entrabas.

Rey. Miradlo bien.

Bern. Marmol frio
 yace en cadenas pesadas:
 há buen Conde Sancho Diaz!
 há buen señor de Saldaña!

Rey. La mano, aun despues de muerto
 se la ha de dar á mi hermana.

Bern. Retiraos todos, que quiero
 cortar prision tan pesada
 con el lustre de mis glorias,
 ó el filo de aquesta espada:

Sol. Soy dichosa. *Monz.* Porque vaya
 la sogá tras el caldero,
 yo me casaré mañana
 al instante. *Bern.* Y el Bastardo
 de Castilla en esto acaba.

Monz. El casamiento en la muerte,
 el tálamo en la mortaja,
 y á un tiempo exéquias y bodas,
 que esto hace quien se casa.

F I N.

CON LICENCIA: EN VALENCIA, en la Imprenta de Joseph
 y Thomás de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al
 Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se
 hallará esta y otras de diferentes Títulos.

Año 1776.

N. 2

E

I

DE

El Rey
 Bernard
 Tancred
 Braboné
 Monzon

Salen
 Rey. C
 si el
 librac
 Cantan.

Rey. Ea
 que

COMEDIA FAMOSA.

EL CONDE

DE SALDAÑA,

Y HECHOS

DE BERNARDO

DEL CARPIO.

SEGUNDA PARTE.

DE DON ALVARO CUBILLO DE ARAGON.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

<i>El Rey Don Alfonso el Casto.</i>	***	<i>Doña Sol, Dama.</i>	***	<i>El Rey de Francia.</i>
<i>Bernardo del Carpio, Galan.</i>	***	<i>Doña Leonor, Dama.</i>	***	<i>Roldán.</i>
<i>Tancredo, Galan.</i>	***	<i>Inés, Criada.</i>	***	<i>Oliveros.</i>
<i>Brabonél, Moro.</i>	***	<i>Música.</i>	***	<i>Pierres, Gracioso.</i>
<i>Monzon, Lacayo.</i>	***	<i>Soldados.</i>	***	<i>Acompañamiento.</i>

JORNADA PRIMERA.

Salen el Rey Don Alfonso y Músicos.

Rey. **C** Anrad, que las penas mías
bien piden remedio igual:
si el canto espanta los males,
libradme de ellos, cantad.

Cantan. A la virtud excelente
de la pura castidad,
que á los Angeles imita:-

Rey. Ea, basta, no canteis mas,
que ni admito la lisonja,

ni quiero que me digais
los méritos que pretendo,
y que no puedo alcanzar.
Despejad, dexadme solo.

Music. No hay quien le acierte á agradar.

Vanse los Músicos.

Rey. Que poco alivian las penas
agenas voces! Qué mal,
donde no hay propios suspiros,
propios desahogos hay!

A

L1

El Conde de Saldaña,

La música, deleytando,
 aviva el discurso, y mas,
 quien mas delgado discurre,
 se comunica al pesar,
 que adelgazado el ingenio
 siente mas agudo el mal,
 y aquello que ser pudiera
 desahogo ahoga mas.
 Con el disgusto y la pena
 del desacierto, que ví,
 tan contra mí y contra sí
 propia en mi hermana Ximena,
 escribí á Cárlos Martél,
 que ocupa en Francia la Silla,
 que le entregaría á Castilla,
 dilatando su Laurel
 con el Español blason:
 y él, á pesar de Bermudo,
 quiere poner en su Escudo
 las Lises con el Leon.
 Tan arrepentido estoy
 de aquel colérico arrojó,
 que diera todo el enojo
 de ayer por la pena de hoy.
 O cómo ya el alma siente
 cuánto un desacierto pesa!
 Y quien promete de priesa,
 qué de espacio se arrepiente!
 Pero al fin, se ha de buscar
 el remedio, y no le dudo,
 que Dios querrá que Bermudo
 llegue en España á reynar.
 Que vaya Bernardo quiero
 á Francia, pues claro está,
 que del empeño saldrá
 mas fácil que mi heredero.
 El viene, y por justa ley
 le debo estar obligado,
 que nació para Soldado
 si Bermudo para Rey.

Salen Bernardo del Carpio y Monzon con luto.

Bern. A los pies de vuestra Alteza
 lastimado, señor, vengo,
 o ya con la antigua queja,
 de tanto dolor exemplo,
 síbo con temor de haber
 vu otros enojos dispuesto.

Rey. Es luto por vuestro padre?

Bern. No señor, que aunque le debo
 demostraciones iguales,
 y aunque como hijo siento
 su muerte, á las honras vuestras
 es mucho mas lo que debo.
 No es por mi padre este luto,
 no señor, porque muriendo
 con tanto lustre, mas pide
 su muerte galas que duelo.
 Por otro padre, señor,
 que lo fué mio algun tiempo,
 es el luto.

Rey. Qué decís?

Bern. Que el Conde D. Rubio es muerto

Rey. Cómo?

Bern. Fué desdicha mia:
 atendid, señor.

Rey. Ya atiendo.

Bern. Estando en mi quarto algunos
 Hidalgos y Caballeros
 jugando las armas, todos
 bizarros, nobles y diestros,
 presente el Conde Don Rubio,
 Favila, Ordoño y Tancredo,
 hube de tomar la espada,
 y apénas ocupé el puesto,
 quando el Conde se arrojó
 determinado y resuelto
 á tomarla contra mí.
 Yo, con el justo respeto,
 que siempre le tuve al Conde,
 rehusé el lance, diciendo:
 Señor, pasados enojos
 ya en mí se desvanecieron;
 ya murió en mi noble sangre
 la enemistad, mas no ha muerto
 la memoria de que os tuve
 por padre: con vos no puedo
 medir la espada; mas él,
 con mi humildad mas soberbia
 mostrando aquel odio antiguo
 y antiguo aborrecimiento,
 sin responder me embistió
 tan determinado y ciego,
 que hube para defendeme
 de poner la espada en medio
 Cogíomela con destreza,

vuestro padre?
que aunque le debo
iguales,
hijo siento
las honras vuestras
lo que debo.
padre este luto,
que muriendo
re, mas pide
as que duelo.
re, señor,
io. algun tiempo,

de D. Rubio es muer
ha mia:
or.

mi quarto algunos
Caballeros
armas, todos
bles y diestros,
Conde Don Rubio,
oño y Tancredo,
ar la espada,
upé el puesto,
Conde se arrojó
y resuelto
ontra mí.

justo respeto,
le tuve al Conde,
nce, diciendo:
dos ojos
e desvanecieron
n mi noble sangre
d, mas no ha muert
de que os tuve
con vos no puedo
spada; mas él,
imildad mas soberbi
aquel odio antiguo
aborrecimiento,
der me embistió
ninado y ciego,
para defendeme
la espada en medio
con destreza,

y yo librando y siguiendo
el lance, metí una punta,
que por el párpado izquierdo
entrando, salió el boton
ensangrentado al cerebro.
Fatal desdicha del Conde!
cayó luego y murió luego;
pero tan sin culpa mia,
como lo dirán los mismos
que con la hermosa Leonor
su hija vienen á veros.
Yo lastimado del caso,
por no parecer sangriento
ni vengativo, y por ser
tan impensado el suceso,
quise en este negro luto
publicar mi sentimiento.
Si soy culpado, señor,
si algun castigo merezco,
á vuestros Reales pies
con toda obediencia llego:
espada teneis, á ella
cruzo el brazo y rindo el cuello.

Rey. Raro y peregrino caso!
Bernardo, aunque no podemos
saber de vuestra intencion
lo íntimo y lo secreto,
si fué efecto de la ira
ú de la defensa efecto,
si colérico os vengasteis,
ó piadoso con vos mismo,
de la defensa nació
tan raro acoatecimiento
(siendo así que suele haber
en los errores acierto)
quando en caso tan dudoso
la ley pida el escarmiento.
siempre se ha de presumir
lo mejor: pero primero
se ha de oír á la otra parte.

Bern. A vuestros pies estoy puesto,
y ya Leonor á ellos viene.
Salen Leonor y Tancredo acompa
ñandola.

Leon. Señor:-

Tanc. Señor:-

Leon. De mi padre

la muerte:-

Tanc. Del mas atento

Vasallo en vuestro servicio:-

Leon. Del mayor servidor vuestro:-

Rey. No me parais las razones,

diga uno solo el intento,

porque ni entiendo á Leonor,

ni á quien la acompaña entiendo.

Leon. Pues, señor, yo hablo por ambos,

y ya que conozco y veo

la desgracia de mi padre,

ni me agravio ni me queja

de Bernardo, que presumo,

discurro, imagino y pienso,

que fué castigo sin duda,

que fué permission del Cielo.

Bernardo no tuvo culpa,

ni á culparle, señor, vengo:

y quando alguna tuviera,

os pido, suplico y ruego

le perdoneis, dando al mundo

de vuestra piedad exemplo.

Fué Bernardo hermano mio

en la niñez, y pudieron

la crianza y el cariño

(con qué dolor lo referí)

criar en nuestras entrañas

mucho amor y parentesco.

A esto he venido, señor:

Favila, Ordoño y Tancredo,

que en el suceso se hallaron,

saben que es este mi intento.

Piedad os pido, señor,

no venganza: valga el ruego

y el llanto de quien adora

vuestro soberano imperio.

Tanc. Señor, ello fué un acaso

solicitado del mismo

Conde, que Bernardo siempre

rehusó prudente y cuerdo.

Rey. Creolo como decís.

Leon. Creed, señor, que aunque veo

en Bernardo vuestra sangre,

y que por sobrino vuestro

podieran acobardarme

tan merecidos respetos,

soy yo tal, que si creyera,

ó culpa ó duda en el duelo,

con las manos, con los dientes

le matara, vive el Cielo,
hasta que mi honor quedara
del agravio satisfecho:
mas sé que culpa no tuvo.
Este piadoso concepto,
para quererle y amarle,
borra todo lo sangriento:
yo como á hermano le estimo.

Rey. Bien sabe Dios, que me alegro *ap.*
de oír disculpar á Bernardo,
que le ha menester el Reyno.
Leonor, si el suceso fué
tan sin culpa, yo no tengo
cuchillo contra inculpables:
alzad, alzad, que yo quedo
por vuestro padre desde hoy.

Leon. Hágaos muy dichoso el Cielo.

Bern. A quien con tanta nobleza
ha hablado por mí, no tengo
que ofrecer persona y vida,
mas todo junto lo ofrezco.
Vuestro hermano fué algun día,
Leonor, y hoy á serlo vuelvo,
y á ser, como vuestro hermano,
amparo y defensor vuestro.

Tanc. Qué nobleza! qué valor!

Monz. Mi amo anduvo tan cuerdo,
como arrojado otras veces;
pero asegurarte puedo,
que fué la muerte del Conde
á gusto de todo el Pueblo;
y si no, díganlo todos
quantos me lo están oyendo:
por la vista fué la herida,
no carece de misterio,
que él por la vista ofendió
á su padre y murió ciego.

Leon. Señor, con vuestra licencia
retirarme ahora quiero.

Rey. Mejor será, que os quedeis
en Palacio.

Bern. Lo agradezco. *ap.*

Con Doña Sol en mi quarto,
puesto que el quarto está dentro
de Palacio, estará bien,
por ella y por mí os lo ruego.

Rey. Deh mismo parecer soy.

Leon. Por tanta merced os beso

los pies, inviéto señor.

Tanc. Vamos.

Leon. Yo logré el intento.

Tanc. Al Rey agradó tu accion.

Leon. Lo que á mi atencion le debo,
no es posible que lo olvide.

Tanc. Leonor de mi vida es dueño.

Vanse Leonor y Tancredo.

Rey. Bernardo, sobrino, amigo,
pues tanta dicha tenéis,
que obligais quando ofendeis,
sin dar lugar al castigo;
pues que vuestra dicha es tanta,
que os disculpa persuadida
la misma parte ofendida,
cosa que admira y espanta:
á un caso bien peligroso
os convidó, pues que Dios
quiso vincular en vos
lo valiente y lo dichoso.
Dexad los lutos, que están
desluciendo lo gallardo,
vestíos de gala, Bernardo,
que os he menester galan.

Bern. Señor, siempre á vuestros pies
mi voluntad, con mi vida,
postrada estará y rendida.

Rey. Al arrogante Francés
habeis de ir con Embaxada
mia, y ha de ser tan presto,
que yo reconozca en esto
vuestro amor.

Bern. Aquesta espada,
brazo y aliento, que están
pos vos siempre que se mueven,
serán vientos que me lleven,
y alas que me volverán;
pero qué intenta el Francés?

Rey. Es reservado secreto
á mí y á vos. *Bern.* En efeto,
vos me lo direis despues
en ocasion mas decente?

Rey. Vedme luego, y luego sea,
que importa que Francia vea
vuestro espíritu valiente.

Bern. Creed, señor, que pues sé
que nací hijo en España
del gran Conde de Saldaña,

señor.
 intento.
 atención le debo,
 lo olvide.
 vida es dueño.
 Tancredo.
 no, amigo,
 teneis,
 do ofendeis,
 castigo;
 dicha es tanta,
 persuadida
 ofendida,
 y espanta:
 peligroso
 que Dios
 n vos
 dichoso.
 que están
 gallardo,
 Bernardo,
 ster galan.
 á vuestros pies
 on mi vida,
 y rendida.
 Francés
 n Embaxada
 er tan presto,
 ca en esto
 da,
 que están
 que se mueven,
 me me lleven,
 volverán;
 a el Francés?
 secreto
 Bern. En efeto,
 is despues
 decente?
 , y luego sea,
 e Francia vea
 valiente.
 r, que pues sé
 en España
 e de Saldaña,

Y su nobleza heredé:
 Y pues vuestra esclarecida
 sangre dá aliento á mis venas,
 vereis las Historias llenas,
 en el folio de mi vida,
 de una y otra heroyca hazaña.
 Rey. Creolo en vuestro valor. *Vanse.*
 Bern. Aun muerto os sirve, señor,
 en mí el Conde de Saldaña.
 Monzon, qué dices?
 Monz. Señor,
 que el discurso me inquieta,
 y que es peligrosa treta
 en tí la de Embaxador.
 Tu padre lo fué, enviado
 del Rey, mas con tal fortuna,
 que en el Castillo de Luna
 quedó ciego y sepultado:
 quiera Dios que no llevemos
 carta y Embaxada igual.
 Bern. Eso es pensarlo muy mal.
 Monz. Es temer lo que debemos
 solo que lo consideres
 te pido, en nada te aquejo:
 oye, señor, mi consejo,
 y haz despues lo que quisieres.
 Bern. Qué puedes tú aconsejarme
 contra la obediencia mia?
 Monz. Nada.
 Bern. Luego tu porfia
 mira á desacreditarme.
 No puede estar ofendido
 el Rey, Monzon, de mi sér,
 que ni le ofendí al nacer,
 ni despues de haber nacido:
 mi tio es el Rey y sabe
 que tiene su sangre en mí,
 y que siempre le serví.
 Monz. Sí, pero es negocio grave
 el ir á Francia.
 Bern. Qué importa
 para mí tan alta hazaña?
 sabrán, que como en España,
 en Francia mi espada corta.
 Y contra sus desafueros,
 en mi espíritu gallardo,
 conocerán á Bernardo
 sus Roldanes y Oliveros.

Y dexa porfia igual,
 porque arrojando centellas,
 te estrellaré en las Estrellas,
 si del Rey presumes mal.
 Monz. Sobrino por la tetilla
 eres del Rey, yo un Criado,
 que por no verme estrellado,
 callaré como en tortilla.
 A Francia iré, y aunque apures
 la dificultad allí,
 no han de hallar flaqueza en mí
 sus Pares y sus Monsiures;
 ántes en las ocasiones
 que se ofrezcan de importancia,
 con su soberbia arrogancia
 jugaré á pares y á nones.
Salen Sol muy de gala é Inés criada.
 Sol. Bernardo, dueño, señor,
 (qué disgusto! qué pesar!)
 tú con lato? qué es aquesto?
 debes por ventura mas
 al Conde Rubio que á mí?
 Bern. No culpes mi autoridad,
 que esto me debo á mí mismo;
 y á su hija, que vendrá
 por huéspedada tuya, debo
 quedar con el Rey en paz.
 Sol. Hasta el Salon he llegado,
 temiendo, temiendo ya
 en tu vida, que es mi vida,
 algun peligro ó azar.
 Bern. El Rey me ha hecho gran merced.
 Sol. Dios guarde á su Magestad.
 Bern. A la Embaxada de Francia
 me envia, mira si es tal,
 que corresponde á quien soy,
 y que la debo estimar.
 Sol. Por Embaxador á Francia?
 Bern. Sí, bien mio.
 Sol. Qué pesar! *ap.*
 Monz. Si señora; y porque yo
 de la Embaxada habié mal,
 por una ventana de estas
 me ha querido despeñar.
 Sol. Tuvo razon; pues tú, necio,
 barbaro, indigno, incapaz,
 en cosas de tanto peso
 te atreves á aconsejar?

Monz. Otro demonio tenemos? *ap.*

Estos, señores, están
por lo grandes padeciendo
martirio en su autoridad.

Sol. Pues, necio, puede mi esposo,
puede Bernardo faltar
á la obediencia del Rey?

Monz. Faltar? yo no dixé tal,
mas puede temer.

Sol. No puede.

Monz. Pues, señora, no haya mas,
ni tema, deba ni pague,
vaya y quedemos en paz.

Sol. Y qué es la Embaxada?

Bern. Yo

no lo sé, el Rey lo dirá.

Sol. Si todos, Bernardo, somos
del Rey, á su voluntad
está sujeta la vida,
no hay honra donde él no está.

Bern. Dame los brazos, bien mio,
que ese valor monta mas,
que quanto registra el Sol,
y que quanto inunda el Mar.
Con la Embaxada me espera
el Rey, y me tardo ya:
Dame de vestir, Monzon,
que el Rey me manda dexar
los lutos, y que de gala
vuelva á verle.

Sol. Bien está:

no te aborrece, Bernardo,
quien te quiere ver galan.

Monz. Voy volando, y dexa el luto. *Vanse.*

Bern. Ahora Leonor vendrá,
á quien, como á hermana mia,
en mi casa has de tratar.

Sol. Si haré, pues que tú lo mandas,
que en mí es ley tu voluntad.

Sale Monzon.

Monz. Vamos, señor, ven aprisa,
que el Rey esperando está.

Bern. Prevén caballos en tanto,
que ya Inés me vestirá.

Monz. Ya están, señor, prevenidos
el coche y el alazan.

Quitase el luto, y vistenle Sol y Inés

Bern. Al Rey besaré la mano,

y sin detenerme mas
ni volver á verte, parto
á París, conmigo van

un Sol, un Rey y un Bernardo,
que toda Francia no es mas.

Monz. Y un Monzon: que vive Christo
(esto, señor, sin jurar)

que llevo dentro del cuerpo
todo un antubion y un zás.

Sol. Antes de partir quisiera,
que llegases á mirar

el marmol, que de mi padre
noticia á los siglos dá.

Bern. Dices bien, quierole ver.

Sol. En este Salon está
entre los claros Varones
de la familia Real.

Bern. Monzon, corre esa cortina.

*Corre Monzon la Cortina, y descúbrese
Conde de Saldaña armado, y con baston
de General y barba, y Bernardo se descubre.*

Sol. Este es el original
de la copia que en tí miro.

Bern. Y que me viene á enseñar,
por las pautas de su vida,
aun despues de muerto ya,
como he de servir al Rey.
Mira tú, Sol, quién podrá
dexar de imitar tal padre,
varon santo, tal lealtad,
tales y tantas hazañas!

Dexa caer el Conde el baston.

Qué es esto, señor? me dais
el baston?

Alzale Bernardo.

Sol. Valgame el Cielo!
qué prodigiosa señal!

Monz. Aun despues de muerto el Conde
ha vuelto á representar
su segunda parte al mundo.

Bern. Baston, gran mano dexais,
mas si en ella fuisteis rayo,
y yo no puedo ser mas,
ni tanto, que ningun hijo
pudo á su padre igualar:
yo os prometo ser centella,
tan parecida é igual
al rayo, que dude el mundo

lo que de hijo á padre vá.
 Hagate Dios mas dichoso:
 pues quién pudo serlo mas?
 Corre, Monzon, la cortina,
 porque pueda mi humildad
 delante de aquella sombra
 cubrirse, que estaré mal
 en su presencia cubierto.

Corre Monzon la cortina, y Bernardo se cubre.

Sol. Respeto á su sangre igual.

Bern. A Dios, *Sol.*

Sol. A Dios, Bernardo.

Llora.

Bern. Lloras?

Sol. Agraviado me has.

Bern. Pues qué es eso?

Sol. Reprimir

el corazon todo el mal.

Bern. Lloras hácia dentro? *Sol.* Si.

Bern. Ese es el mayor llorar,

que lágrimas detenidas

caelen mucho y cuestan mas:

pero no llores, bien mio.
Sol. A Francia, Bernardo, vás?

Bern. Voy á obedecer al Rey.

Sol. Dios te vuelva.

Bern. Dios lo hará.

Sol. Sabes lo que es una ausencia?

sabes qué es ausente amar?

Bern. Fuego, que abrasando yela,
 yelo, que abrasando está.

Sol. Pues si eso conoces, juzga
 cómo podré yo quedar.

Bern. Como quien está en mi alma,

que aunque voy me quedo acá.

Sol. Sin ir te vás?

Bern. Sí, que el alma

se parte, mas no se vá.

Sol. Quién supo vencer su afecto?

Bern. Quien de honor se supo armar.

Sol. Luego vencer es posible?

Bern. Victorioso me verás.

Sol. Victorias alcances muchas.

Bern. Todas á tus pies están.

Vanse.

*Salen el Rey de Francia, Roldán, Oliveros
 y Pierres gracioso, criado de Roldán.*

Rey. Vasallos míos y valientes Pares,

de quien tiemblan del uno al otro Polo

los montes, las campañas y los mares,

á cuyo valor solo

Europa se estremece,

Asia zozobra y Africa enmudece:

sentid, con la razon que os acompaña,

de Alfonso el Casto, último Rey de España,

la palabra fingida,

que á la venganza y la invasion convida.

Él, á la castidad que sigue atento,

en tan alta virtud siempre contento,

hallándose sin hijo ni heredero,

me escribió, que en mí el Reyno renunciaba.

y aceptándolo yo, de solo el hecho

quedó adquirido aquel Real derecho.

Pero ahora he sabido,

que de la accion primera arrepentido,

á Bermudo ha llamado

su sobrino, y le tiene ya jurado

por Príncipe de Asturias: esta ofensa

pide igual recompensa.

A este valiente empleo

os compete pasar del Pirineo,

que

El Conde de Saldaña,

que nos divide, haced camino y calles,
para triunfar de España en Roncesvalles.

Rold. Señor, tus soberanas atenciones
piden, que de tu Ejército coronen
los montes y campañas.

Qué es España, señor? muchas Españas
Roldán te ofrece, aumenta tus blasones,
poniendo entre tus Lises sus Leones.

Oliv. Y á tus pies Oliveros
humildes los pondrá, quando mas fieros.

Rey. Mucho ofreceis, amigos.

Rold. Ya de nuestro valor serán testigos
las futuras edades:

Francia es la Magestad de Magestades,
á su nombre, á su voz, á su fortuna,
caduca y tiembla el Orbe de la Luna.

Pierr. Ea, señor, que Pierres tu criado
tambien tiene vislumbres de encantado,
y tiene en la campaña
llave maestra para el cierra España,
que en la paz y en la guerra
abro por medio á España quando tierra,
y en ella he sido:-

Rold. Qué?

Pierr. Para hacer daños,
amolador he sido muchos años,
y volví á Francia llenos los bolsillos
de vender fuelles y amolar cuchillos.

Tocan una Trompeta.

Rey. Qué es esto, Roldán?

Rold. Señor,
un Embaxador de España,
á quien el Pueblo acompaña,
que ahora ha entrado sin rumor
en París.

Rey. A pensar llevo,
que el Rey lo ha de hacer mejor,
pues envia Embaxador:
recíbidle y entre luego.

*Llegan al paño á recibirle, y salen Bernar-
nardo y Monzon.*

Bern. La mano, señor, os pido,
deslumbrado á tanto sol.

Rey. Bizarro es el Español: *ap.*

Alzad, y seais bien venido.

Cómo queda Alfonso?

Bern. Ya,

¿si á mi embaxada atendeis,

su intento y salud sabreis:
siempre vuestro.

Rey. Bien está.

Bern. Alfonso, Rey de Leon,
mi Señor, llamado el Casto,
cuya virtud negó al mundo,
y á la sucesion el paso:
teniendo por mas seguro
el ser á Dios consagrado,
que humanas prosperidades,
y que respetos humanos:
Sin embargo que tenia
una hermana, y sin embargo
que Bermudo su sobrino
estaba afecto á heredarlo,
por algunos accidentes
(que ahora no son del caso)
os llamó a la sucesion,
como heredero inmediato:
que fué así, vos lo sabeis,

y él nunca podrá negarlo.
Mas coléricas acciones
é impulsos arrebatados,
en la consideracion
piden término y espacio.
Tal vez busca el precipicio
el que despues reportado
se enmienda, y á mejor luz
vé el yerro, y huye el fracaso.
Lo que os ofreció, señor,
no es posible executar,lo,
y quien ofrece imposibles
siempre estará disculpado;
pero quando el Rey quisiera
cumplir con vos el contrato,
el Reyno, sin duda, el Reyno
se lo estorbara bizarro:
y yo, que soy su sobrino,
aunque en esta parte valgo
poco, perderé mil vidas
antes que se llegue el plazo.
Primero del mar las ondas
tendrán perpetuo descanso,
y el Sol dexará de andar
las estaciones del año,
que se consiga el intento:
porque para executar,lo,
ni el Sol ni el Mar ni los Cielos
se concederán á tanto.
Esto me manda que diga,
vos, como prudente y sabio,
tomareis mejor acuerdo,
y yo la respuesta aguardo.

Levántase el Rey, y vase sin respondera

Sin responderme, señor,
vuestra Magestad se vá?

Rold. Ya la respuesta os dará
un trompeta y un tambor,
que pues no responde nada,
serán, quando á España marche,
las claras voces del parche
respuesta de la embaxada.

Bern. Huélgome de haber sabido
de vos la resolucion,
porque tambien del Leon
en Francia se oirá el bramido.

Rold. Siempre con estos Leones
los Españoles nos dan.

Sabeis que hablais con Roldán?
Bern. Sé que en todas ocasiones
sois de espíritu gallardo;
mas pues así os declarais,
tambien quiero que sepais,
que quien os habla es Bernardo.

Rold. Quién es Bernardo?

Bern. No sé,
un hombre que el Rey envia,
y él lo dirá algun dia.

Rold. Yo en España os buscaré,
donde si de ardientes rayos
os coronase la Esfera,
á una voz mia se viera
todo horror, todo desmayo.
Y ahora si con la atencion
de Embaxador no os mirara,
con mi aliento os arrojara
desde París á Leon.

Monx. Gran caso fuera, imagino,
que por ese breve atajo
nos escusara el trabajo
y la costa del camino.

Oliv. No te parezca arrogancia,
y solo es bien que repares,
que hablas con los doce Pares
de Francia, y que estás en Francia.

Bern. Cerrar á la ofensa el labio, *ap.*
es accion cuerda y prudente;
pero es mejor ser valiente
loco, que ofendido y sabio.
A Reynaldos, á Oliveros
y á Roldán puedo yo hablar,
porque me sé hacer lugar
entre propios y Extrangeros.
Si Roldán dá al mundo espanto
con su encanto importa nada,
porque no tiene mi espada
para empezar en su encanto.

Rold. Estás, Bernardo, engañado,
que yo encantado no he sido,
por no ser jamas vencido
me llamaron encantado:
y que has de decir espero,
lo mismo, que digo aquí,
que no hay mas encanto en mí,
que este brazo y este acero.

Bern. Pésame de saber tanto

B

por

porque ya es fuerza creer,
que habrá ménos que vencer,
si está vencido el encanto.

Oliv. Tus amenazas parecen
mas locura, que valor.

Rold. Las leyes de Embaxador
le amparan y favorecen.

Oliv. No es matarte grande hazaña,
y por eso no lo hacemos.

Rold. Ya en España nos veremos.

Bern. Yo os aguardaré en España:
y aquí, sin que de esas leyes
podais decir que me valgo,
sustentaré con la espada,
cuerpo á cuerpo, y brazo á brazo,
que no hay mas Rey en el mundo,
que el Rey Don Alfonso el Casto
mi Señor, cuyo derecho
de siglo en siglo ha heredado
desde el Padre de las Gentes.

El mundo es su Mayorazgo,
y todos los demas Reyes,
como de segundo hermano
son ramas cortas, descienden
de aquel tronco y de aquel arbol.

Solo el Español es Rey,
y á quien diga lo contrario,
desde luego (con la salva
debida á tanto Palacio)
le reto y le desafio,

y en la campaña le aguardo:
al invencible Roldán,
á Oliveros y á Reynaldos,
y á todos los doce Pares
incito, provocho y llamo,
para que en aqueste acero
conozcan quien es Bernardo.

Solo estoy, mas no tan solo,
que si de razon me cargo,
quando estoy conmigo mismo,
yo solo, yo solo basto.

Rold. Has acabado de hablar?

Monz. Hasta ahora no ha comenzado,
aguardense y lo verán.

Bern. Yo, quando empiezo, no acabo
ménos que con mucha sangre.

Rold. ¿Y aliento me ha enamorado.

Bern. Daxs te guarde, hasta que yo,

Roldán, te pague amor tanto.

Rold. Ya habrá ocasion, en que puedas
sustentar lo que has hablado.

Oliv. A España á buscarte iremos.

Bern. Antes que en ella deis paso
os saldré yo á recibir,
y vereis como marchando
con los mejores de Asturias
sale de Leon Bernardo.

Rold. Vete en paz.

Bern. Parto ofendido
del desaire de haber dado
tu Rey la espada á mi Rey,
y á mi, que sus veces traigo.
De enojo y cólera lleno
el pecho valiente parto,
por no poder:- pero ya
satisfaré tanto agravio,
bebiendo sangre Francesa,
hasta que se apure el vaso.

Monz. O claro honor de Castillal
ó Español el mas bizarro!

Bern. A Dios, valerosos Pares,
hasta que á ver nos volvamos.

Rold. Presto será.

Bern. Dios lo quiera.

Rold. Si querrá.

Bern. Dame la mano,
de que en la ocasion primera
me has de buscar en el campo.

Rold. Toma ese guante. *Dásele.*

Bern. Agradezco
la señal.

Rold. Yo iré á cobrarlo.

Bern. De tu valor nunca dudo.

Rold. Roldán soy.

Bern. Yo soy Bernardo.

*Vanse á entrar, y sale el Rey de Francia
y detienele.*

Rey. Tened, que lo que decís
en favor de Alfonso el Casto,
Rey de Leon, contradigo,
y vos debéis sustentarlo.

Bern. Señor:-

Rey. No os turbeis.

Monz. No hará,
que en su vida se ha turbado.

Bern. De nuevo vuelvo á decir,

que

De ja ira y la venganza
me dexé llevar, y es cierto,
que tambien fué desacierto
el ofenderme su lanza.

Rey. Estoy de vos satisfecho,
y de vuestra bizzaría,
pero en la presencia mia
y en Francia fuera mal hecho.

Rold. Yo iré á España, señor,
y aunque por vos recibida,
me curaré de la herida,
pero de la ofensa no:
porque en justa recompensa,
ya obediente, ya ofendido,
si aquí obedezco advertido,
allá vengaré la ofensa.

Bern. Señor, si en algo he faltado
al decoro merecido,
á vuestros Reales pies
con toda humildad me rindo.
Yo soy vasallo de Alfonso,
lo que en su favor he dicho
volveré á decir mil veces,
si hubiese otros mil peligros,
que contrarios se opusiesen
á la verdad que repito.

Rey. Eso está de mas, Bernardo,
valeroso habeis cumplido
con la lealtad de vasallo,
con el amor de sobrino
de Alfonso, mas él no cumple
lo que me tiene ofrecido.

Bern. Es, porque no fuera buena
razon de estado el cumplirlo,
teniendo tres herederos.
Pudierais el Franco Lirio
mandarlo á Rey Extrangero?
no fuera inválido arbitrio,
que no consintiera el Reyno?

Rey. Francia esa ley ha admitido,
mas en España no corre.

Bern. Está, señor, muy bien dicho.
Vive Dios (dexando aparte
el amor, que en mí es preciso
de mi Rey y de mi Patria,
á quien igualmente sirvo)
que me han de ver vuestros Pares,
como á en Francia me han visto,

sangriento brazo de Marte,
para estorbar sus designios.
Monz. Ya escampa.

Rey. Mi Reyno diera
por un vasallo tan fino. *ap.*
Idos, Bernardo, volved
á vuestra Patria, advirtiendo,
que soy yo quien os defiende,
y ahora os respondo: atended.
A Alfonso direis, que yo
hago esto, y que rinda el cuello
al cumplimiento de aquello,
que como Rey me ofreció.
Que la fe y palabra dada
cumpla yo de aquesta suerte,
quando para vuestra muerte
veis tanta valiente espada.
Que honre en esto su Corona,
dándole mayor laurel,
pero que si falta en él,
iré al remedio en persona.

Bern. Mucho, señor, sentiré,
que vos en persona vais,
por lo mucho que arriesgais,
y porque de España sé,
que lo que el Rey prometió,
no lo ha de querer cumplir.
Yo siempre os he de servir,
pero contra España no
ni contra mi Rey, que fuera,
quando en la ocasion me hallo,
mal pariente, mal vasallo,
y Español de baxa esfera;
siendo tan fino Español,
como ha visto la arrogancia
de Francia, á quien llama Francia
el Caballero del Sol.

Monz. Y Sol, cuya ardiente llama
goza en esfera mas pura
del Sol toda la hermosura,
y por eso Sol se llama.

Vanse Bernardo y Monzon.

Oliv. Que dexeis, señor, volver
á España tanto enemigo!

Rey. Oliveros, no hay castigo
en quien no pudo ofender.

Salen Tancredo y Leonor.

Tanc. Leonor, en tí resplandece

mi esperanza: y si mi amor
es digno de tu favor,
lugar la ocasion te ofrece:
mucho quien ama mereces
callando en la luz que das
vivo yo, y tambien tendrás
experiencia, Leonor bella,
que una amorosa centella
quando calla siente mas.

Leon. Tancredo, aunque el nombre Godo
te lleve á la presuncion
de merecer, no presumas
que mereces mas que yo.
Hija del Conde nací,
y aunque ya sin padre estoy,
quien sin querer le dió muerte,
aun mas que yo lo sintió.
La satisfaccion de amante,
ni la pido ni la doy,
solo á tu amor satisfago,
porque no digan que yo,
quando de honrada me precio,
niego esta satisfaccion.
Pero advierte, que en llegando
al duelo y al pundonor,
dexaré de ser muger,
y entre el aliento y la voz
seré lazo que aprisione
las alas del corazon:
seré asombro, seré fuego,
seré rayo y confusion,
no contra tí, contra mí,
que soy quien le ocasionó.
Y así, mas piadosa digo,
que agradezco tu aficion,
que estimo tu afecto, y debo
reconocer tanto amor.
Bernardo es hermano mio,
el Rey es mi padre, y yo
no puedo elegir esposo
sin licencia de los dos:
y aunque el Rey siempre es primero,
respondo á tu pretension,
que como Bernardo quiera:
mas vete, que sale Sol.

Salen D.ña Sol é Inés.

Sol. Leonor, amiga, qué es esto?

Leon. Una imprudente passion,

una amorosa locura.

Sol. No me espanto, Leonor, no,
que vuestra hermosura obliga
al desacierto mayor.
El que enloqueció de amante,
siempre su disculpa halló
en la causa, y siendo tal,
justamente enloqueció;
mas los cuerdos Caballeros
deben templar ese ardor
con la modestia, que pide
la causa de su aficion.
Leonor, desde el triste dia
que su padre le faltó,
es mi huésped, y está
con la Real proteccion
sirviendo Bernardo en Francia,
y ántes que él venga, es error
hablar en estas materias
conmigo ni con Leonor.

Tanc. Mi pretension, por honesta,
no merece ese rigor.
Yo, que á obligaciones tantas
no puedo faltar, y yo
que al decoro de esta casa
aun mas que obligado estoy,
os suplico perdoneis
de un noble afecto el error,
que no tiene amor mas ojos
de los que él mismo se dió.
Consideradlo, señora,
y pues os preciais de Sol,
sean aquí vuestros rayos
de su tiniebla esplendor,
de sus ceguedades vista,
de sus locuras razon.

Sol. Eso es buscar el camino,
que primero se perdió.

Tanc. Perdime y perdí el camino,
y espero, señora, en vos
hallarle.

Sol. Ya le hallareis
seguro en mi intercesion,
viniendo Bernardo.

Dentro Bernardo. Tén
esos caballos, Monzon.

Inés. Ay, señora, dicha estraña!
ya ha venido mi señor.

Sol. Salid todos, venga, venga
lo que deseando estoy.

*Salen Bernardo y Brabonél, Moro, en
tráge de Christiano y Monzon.*

Bern. Entra, Brabonél valiente.

Brab. Entro, Bernardo, en tu casa.

Bern. Verás al Sol, que me abrasa.

Brab. Seré Eriope en su Oriente,
de tanta luz ilustrado.

Sol. Esposo, amigo, señor?
llegué á la dicha mayor.

Bern. Yo en ella á verme abrasado.

Brab. Y yo entre tanta hermosura,
grandeza y lustre, concedo,
Bernardo, que hallar no puedo
mas dicha ni mas ventura.

Ya prevengo la victoria,
que desde este punto empieza,
por huésped de esta belleza,
por la dicha de esta gloria.

Bern. Sol, milagros has de ver,
que aun los rayos no los vieron
del Sol, que calza tu pie,
dando vuelta al Universo:
quién está aquí?

Tanc. Yo, Bernardo.

Sol. Tambien es milagro el verlo
aquí, estando ausente tú.

Bern. No es milagro, que Tancredo
es mi amigo.

Sol. Y tan tu amigo,
que desea el parentesco
de Leonor.

Bern. De tu nobleza,
Tancredo, estoy satisfecho;
pero de tu bizarría
la satisfaccion espero:
qué dice Leonor? qué dice?

Leon. Yo soy tuya.

Sol. Y yo te ruego
favorezcas:-

Bern. Basta, basta,
vuestra será; mas primero
la habeis de merecer vos,
emplgando esos aceros
contu el Francés, que pretende
la co quista de estos Reynos.

Tanc. El Francés venga y el mundo,

que estando á tu lado puesto,
verá el mundo y el Francés,
como su mano merezco.

Inés. Ya estaba yo tamañita,
si no temblando, temiendo
que tocase á degollar
de Bernardo el duro acero.

Bern. Sol, el Rey está esperando
de mi embaxada el efecto:
Brabonél es nuestro amigo,
mucho en su amistad espero,
que aunque Africano, se viste
de Español por parecerlo.

Brab. Español soy y Africano.

Monz. Y yo que de Francia vengo,
tambien lo soy, pero traigo
un Paladin en el cuerpo.

Bern. A Dios, Sol.

Sol. A Dios, Bernardo:
vuelve presto.

Bern. Al punto vuelvo,
que solo pudiera el Rey,
á quien leal obedezco,
apartarme de tus ojos:
si bien volveremos luego
Brabonél y yo á darles
la batalla á sangre y fuego,
y he de volver victorioso.

*Vanse Bernardo, Brabonél y Tan-
credo.*

Sol. Con toda el alma te espero.
Leonor, si de la campaña
no te acobarda el estruendo,
yo he de seguir á Bernardo.

Leon. Tus órdenes obedezco.

Sol. Pelear para vencer
es el único remedio.

Leon. Viva el Monarca Español.

Sol. Viva el Español Imperio.

Inés. Viva quien la paz adora.

*Vanse Sol y Leonor, y Monzon detient
á Inés.*

Monz. Ya que no me has preguntado
Inés, á fuer de criada,
el chisme de mi jornada,
ni lo que en Francia ha pasado;
yo, que rabio por decirlo,
te llamo á la relacion.

Inés. Estimolo yo, Monzon,
y hago lugar para oírlo.

Monz. A la Corte del Francés
vienen Naciones remotas,
y todos se calzan botas
en la cabeza y los pies.

Inés. Cómo es eso?

Monz. Yo imagino,
que es contra los frios treta,
en los pies son de baqueta,
y en la cabeza de vino.
Anda el brindis á porfia,
haciendo un alegre trueco,
lo de Cándia con lo Greco,
lo del Rhin con Malvasia;
y quando ya la cabeza
anda por dar al través,
se arrojan sacando pies,
un socorro de cerbeza.
Al Español por mil modos
le pretenden derribar,
péro suelen encontrar
con quien los derriba á todos.

Al entrar á una Hostería,
dice una gavacha hermosa:
mal qui cosa, qual qui cosa
volite Vueseñoria?

Aquí está el pavo, el faysan,
el capon, el francolin,
la vitela de Esterlin,
el chorizo de Absterdam,
el pernil de Algarrovilla,
la lamprea del Rodano,
el formache Parmesano,
la aceytuna de Sevilla;
y apénas yo le replico,
quando al asador clavada
sale una perdiz asada
con un limon en el pico:
uno por aquí anda aprieta,
otro allí dice volando,
y sin saber cómo ó quando,
me hallo sentado en la mesa.
De suerte es su proceder,
y su cortesana arenga,
que harán oomer á quien tenga
mala gana de comer.

Yo, que siempre la tenía

abierta de par en par,
con dexarme regalar
pagaba su cortesía.
París lugar de los Cielos,
solo eché ménos en él
aquella fuente de miel,
y el arbol de los buñuelos.

Inés. Y eso se dá sin dinero?
porque de tu relacion,
lo que importa mas, Monzon,
te dexas en el tintero.

Monz. No, mas no es tan grande el gasto
como lo es en otras partes:
con tres sueldos y dos llates
comerás á todo pasto:
mas tambien te sé decir,
que es su ingenio tan delgado,
que todo lo que ha sobrado
hacen que vuelva á servir;
y con bien poco trabajo
zurzen de un pollo el alon,
á las piernas de un sison,
y á las pechugas de un grajo,
y forman una ave entera
con todos sus aderentes,
mas de quatro diferentes
linages como primera.

Con esto á tu quarto guiza,
que ya quedo descansado
con haber desembuchado
ésto que decir queria.

Inés. Ten, que falta mas, y aguardo
la embaxada de tu boca.

Monz. Esto es lo que á mí me toca.

Inés. Y lo demás?

Monz. A Bernardo.

Sale el Rey Alfonso.

Rey. Ya nueva he tenido ahora, q̄ ha llegado
ya Bernardo, y del pueblo acompañado
entró en Leon. Qué causa habrá tenido
para no haber venido
Bernardo á darme cuenta
de lo que Cárlos dice, y lo que intenta?

Tocan dentro un clarín.

Ya parece que viene, y ya parece,
que á mí desco su lealtad ofrece.

Sa.

Salen Bernardo , Brabonél , Tancredo
y Monzon.

Ber. Sin licencia , invicto Alfonso,
llega Bernardo á tus plantas,
humilde y vasallo tuyo,
y tu Embaxador de Francia.

Rey. Alzad , sobrino , y decid
el fin de vuestra Embaxada.

Bern. El fin , señor , no es posible,
pero los principios bastan.

Llegué á París , donde habiendo
precedido las usadas
ceremonias de aquel Reyno,
tuve la Audiencia ordinaria.

Hablé á Carlos en tu nombre,
proponiéndole las causas,
á tu intento favorables,
tan justas como Christianas.

Oyóme , y sin responder
volvió á mi rostro la espalda,
desestimó mis razones,
malogró mis esperanzas.

Respondiéronme los doce
Pares , quando solo estaba,
que me darían respuesta

tambores , trompas y caxas;
y así , á riesgo de mi vida,
quando ya estaba arriesgada,
afirmé que solamente

era Rey el Rey de España
Alfonso , y que el Mundo era
Mayorazgo de su Casa.

Volvió Carlos , y mandó,
que mi opinion sustentara:

fixé públicos carteles
en las calles y en las plazas,
y en la de París entré

al plazo que señalaban,
sobre un zéfiro de nieve,
debaxo de cuya blanca

piel , un bolcan , un vesubio
centellas aprisionaba:

tan hijo del fuego , que
quando las piedras quebranta
con la herradura , parece

abrazada salamandra,
delfín cortando la espuma
del mar que muerde y tasca,

fenix entre los aromas,
mariposa entre la llama,
poblada crin y ancha cola,
no quiso que fuesen alas,
porque en cada pie tenia
un sacre á vuelo de garza,
un gerifalte , un neblí,
cuyas domésticas garras,
despreciando blanda arena,
huellas en el ayre estampan:
De blancas armas armado,
con un Sol que me alentaba
por divisa , que de Sol
fué cifra luciente y clara,
pisé el dilatado circo,
y la nobleza y las Damas
el Caballero del Sol
por la empresa me llamaban.
Entró Dudon el primero
bizarro á probar su lanza,
tocó el clarin , y partimos
á un tiempo Francia y España;
mas fué tan poco dichoso,
que á pesar de la estofada
forma del borrén , voló
desde la silla á la plaza.
Durandarte fué el segundo,
mas con la misma desgracia,
que aunque muy galan , aquí
no le aprovechó la gala.
El tercero entró Roldan,
soberbia torre con alma,
gigante , de cuyos nervios
se formaba una montaña:
confieso que recelé
la victoria , porque estaban
ya , despues de dos encuentros,
las fuerzas algo causadas.
Mas acordándome entónces,
que desiendo vuestra Casa,
y que soy hijo , señor,
del gran Conde de Saldaña,
cuyo valor siempre invicto,
ni se turba ni se aja,
puesta la lanza en el ristre,
y vuestro nombre en el alma,
diciendo España , partí
atropellando la balla:

partió Roldán contra mí
 en una robusta alfana.
 Llegamos al choque, y fueron
 hechas pedazos las astas,
 á buscar fuego á la esfera
 para volver abrasadas:
 pavesas al volver fueron,
 cenizas fueron llegadas,
 que de pavesa á ceniza
 hay muy pequeña distancia.
 Firme Roldán en la silla,
 como una roca animada:
 firme yo como yo mismo,
 que rocas no me aventajan,
 dimos fin al acto, porque
 con la punta de mi lanza,
 entrando por la visera,
 le herí sin duda en la cara.
 Vertió púrpura sangrienta,
 y el Pueblo con voces altas,
 favoreciendo á Roldán,
 pidió contra mí venganza.
 Muera el Español, decian,
 de balcones y ventanas:
 Roldán herido? no viva
 el que su sangre derrama.
 Yo conociendo el tumulto,
 y que ya no se aprestaba
 ninguno á justar, volví
 la rienda, mas no la espalda.
 A los balcones del Rey
 me fui, quando ya llegaban
 juntos Roldán y Oliveros
 esgrimiendo las espadas
 contra mí, la Real presencia
 fué rémora de sus armas.
 Detuvo el curso á su furia
 (tanto la razon contrasta)
 aquí me dió la respuesta,
 señor, de vuestra Embaxada.
 Decid á Alfonso (me dixo)
 que yo hago esto, y que si trata
 de no cumplir lo ofrecido,
 pasaré en persona á España:
 idos, Bernardo, con Dios,
 mi seguro siempre os valga.
 Partí con esto, señor,
 juzgando sus amenazas,

para despreciadas grandes,
 para prevenidas flacas.
 Vineme por Zaragoza,
 hablé á Marfírio, que estaba
 con este mismo recelo:
 caballos previno y armas
 en tu favor y en el suyo,
 con que á Brabonél despacha,
 que vestido de Christiano
 se disimula y disfraza,
 para que el Francés no entienda
 nuestra amistad y alianza.
 Es, aunque Moro, Español,
 es una valiente espada,
 gran Capitan, gran Soldado
 toda el Africa le aclama.
 El y yo contra los doce
 Pares, que soberbios marchan,
 saldremos acaudillando
 nuestras valientes Esquadras,
 para que tu fama viva,
 á pesar de las contrarias,
 para que Francia lo admire,
 para que le tiemble Italia,
 y para que Roncesvalles
 sea en los siglos plaza de Armas.
Rey. Seais, Brabonél, bien venido.
Brab. Beso, señor, vuestras plantas
 por mí, y por mi Rey la mano.
Rey. Bien os parecen las galas
 de Christiano y Español.
Brab. La amistad une las almas,
 aunque de contrarias leyes.
Rey. Dónde dexais alojada
 vuestra gente?
Brab. En las Fronteras
 de Aragon y de Navarra.
Rey. Está bien, de allí no pase.
Brab. Si el recelo, señor, pasa
 á sospecha, estad seguro,
 que seré firme muralla
 á vuestro Reyno, y tambien
 sabré defender mi Casa.
 Cinco mil Ginetes traigo,
 que con la lanza y la adarga
 á los bridones Franceses
 les darán muchas lanzadas;
 mas mis armas auxiliares

os están subordinadas:
 para serviros vinieron,
 y yo en empresa tan alta
 soy Soldado de Bernardo,
 Moros y Christianos manda,
 sus órdenes obedezco,
 sin él, señor, no soy nada.
Bern. Mucho Brabonél me obliga. *ap.*
 Valiente Moro, eso basta,
 tu lanza y la mia sobran,
 y á mi brazo reguladas,
 diré, quando Francia venga,
 diré, quando embista Francia:
 Servia en España al Rey
 un Español con dos lanzas;
 de Brabonél la primera,
 por huésped y convidada;
 de Bernardo la segunda,
 defensora de su Patria,
 tan leal, que sirve siempre
 á su Rey con toda el alma,
 y con el alma y la vida
 á una Española gallarda.
Rey. Amigos, lo dicho baste,
 las obras son las que faltan.
Brab. Desplégúense las Banderas,
 toque la trompa y la caxa.
Bern. Instrumentos Militares
 avisen á vuestras armas,
 y ellas al Sol en que adoro
 para que sus rayos salgan,
 que los rayos de la Luna
 para tanto amor no bastan.
Rey. Partid, Brabonél.
Brab. Tu nombre
 celebre en marmol la fama.
Rey. A Dios, Bernardo. *Vase.*
Bern. Sea el mundo
 digno blason de tus armas.
Tanc. Fuerte ocasion! grave empeño!
Brab. Suerte heroyca!
Bern. Accion bizarra!
Brab. Toca al arma.
Bern. Y á vencer
 toque el píñano y la caxa,
 par-cc que el mundo conozca,
 que quando á un Sol que me abrasa,
 espue. s de honor me pican,

si frenos de amor me paran.

JORNADA TERCERA.

Salen marchando por una puerta Bernardo, Brabonél, Tancredo y Monzon, y por otra Sol, Leonor, y las mugeres que pudieren, con sombreros y espadas.

Brab. Hagan alto.

Sol. Hagan alto.

Bern. Sol divina, Sol hermosa,
 tú en arma? Quieres que diga,
 viendo en Militares pompas
 ese valor invencible:
 quién eres, fuerte Española?
 Mas no diré tal, diré:
 quién eres, divina antorcha,
 que deslumbrando hermosuras,
 de todo el Sol te coronas?
 tú en la campaña? tú aquí?

Brab. Vive Alá, que me provoca
 este valor, este aliento
 en la Nacion Española,
 á despreciar de las Lunas
 Africanas la memoria.

Sol. Yo soy, valiente Bernardo,
 sin afectar vanaglorias,
 de la Casa de Quirós
 en las Montañas señora.
 Serví á tu madre la Infanta,
 quando Castellana rosa
 floreció, que al lado suyo
 toda hermosura fué corta;
 merecí muchos favores,
 merecí su gracia toda
 en Palacio, y merecí
 ser tu muger y tu esposa:
 pues quando estás en campaña
 contra Francia, y quando llora
 Castilla algun mal suceso,
 fuera bien quedar yo sola
 en mi casa retirada?
 Ni era favor ni lisonja:
 con el alma he de seguirte,
 Soldado soy de tus Tropas,

per-

perder la vida por tí
y por el Rey, poco importa,
que en mugeres como yo,
mas que la vida es la honra.
Este Esquadron de hermosuras
es guarda de tu persona,
que debaxo de tu mano
vienen á servir zelosas
de la Patria como nobles,
leales como Españolas.

Bern. O claro blason de Asturias!
ya con tu presencia sola
será el brazo de Bernardo
rayo, que abrasa y asombra.

Brab. Bien haya muger insigne,
que amando á su esposo, logra
lealtad y nobleza.

Monz. Vaya
tras del caldero la sogá:
coñozca Francia, que como
Pares barbados aborta,
desbarbadas hermosuras
contra ellos España arroja.

Leon. Nosotras, Bernardo, estamos
á tu órden, que nosotras
Soldados tuyos venimos
para vivir á tu sombra,
y valerosas sabremos
alcanzarte la victoria.

Inés. Y advierte, señor, que yo
por criada de tu esposa,
y por tu criada, traigo
mayor licencia que todas,
y con ella un tanto quanto,
un es no es de bufona,
de graciosa iba á decir;
mas no quiero ser graciosa
sin licencia de Monzon.

Monz. Yo te la doy desde ahora.

Bern. De Tancredo espero, y creo
que ha de merecer ahora
el favor que solicita.

Tanc. Ya por tí mi espada corta
con mas filos que hasta aquí:
ya querrá Dios que conozcas
sangre y valor de Tancredo.

Leon. Eso es lo que mas te importa,
el valor me ha de hacer tuya,

sin él ni aun mi nombre pongas
en tus labios, que será
para matarme ponzoña.

Bern. De nuestro Exército al centro
se retiren y recojan

Sol y Leonor con su Esquadra.

Sol. Nuestros deseos malogras.

Leon. Quando á pelear venimos,
por qué nos quitas la gloria
de que conozca el Francés
quién somos las Españolas?
Por vida de Alfonso el Casto
y de Sol, á quien adora
mi espíritu, que he de hacer,
porque Francia me conozca,
que á tus pies rindan sus Pares
petos, brazales y golas.

Bern. Este es órden, los Soldados
no han de replicar, no hay cosa
como obedecer.

Sol. Sin duda

quieres, que yo el órden rompas
pues advierte, que en llegando,
como dicen, la forzosa,
no me acordaré del órden,
y determinada y loca
me arrojaré por las lanzas,
púrpura vertiendo roxa
de mi sangre y la Francesa,
que soy, para ser Leona,
de Leon, si no de Albania,
de Asturias, si no de Escocia,
bizarro esplendor de Julio,
del Cielo luciente pompa.

Leon. Y yo, que tu rumbo sigo,
daré al bronce y á la historia
blasones que me autoricen
desde el coturno á la gola.

*Vanse Sol, Leonor, Inés y Tancredo
acompañandolas.*

Brab. De este valor presumido
me prometo la victoria:
ya no hay riesgos que temer,
ya los peligros no asombran:
ya, Bernardo, hemos vencido,
que quando una muger se
de tantos rayos se arma,
de tantos brios se adorna.

principios son y presagios
de la Francesa derrota.
Pero quiérote advertir,
porque luego la discordia
no malogre tanta dicha
ni destruya tanta gloria,
que he de llevar la vanguardia;
por huésped tuyo me toca:
yo he de recibir la furia
Francesa: toda esta honra
á mis armas y amistad
se debe.

Bern. Brabonél, goza
todo este honor; desde luego
la doy: la vanguardia toma,
que por mi causa no quiero
que nuestra amistad se rompa.

Sale Tancredo.

Tanc. Con un batidor Francés,
que la estrada discurría,
dió nuestra Caballería.

Monz. Y él habrá dado al través.

Bern. Llegue.
Sale Pierres vestido muy ridicula-

Pierr. La guerra, señor,
mi prision ha ocasionado:
sirvo á mi Rey, soy Soldado.

Bern. Hombre seréis de valor.

Pierr. Un pobre Soldado soy.

Monz. Sí, que nunca son señores
los hermanos Batidores:
pero qué mirando estoy?

No es Pierres? buen lance ha echado,
si es él: él es, vive Christo.

Pierr. Diré todo lo que he visto.

Monz. Sí dirá, que es buen criado,
y los que lo son, jamás
supieron guardar secreto.

Tanc. Querrá vivir.

Monz. Es discreto:
quanto quisieres sabrás.

Bern. Conócesme?

Pierr. Desde aquel
gran día de tu embaxada.

Bern. ¿Bernardo es esta espada.

Brab. ¿Aquesta es de Brabonél.

Pierr. Pues, señores, ya que en mí

la libertad se perdió,
mal podré negaros yo
lo que supe y lo que ví.

Bern. Qué armas y gente contiene
el Ejército Francés?

Pierr. Mucha y muy lucida es:
el poder de Francia viene.

Bern. Quién le gobierna?

Pierr. Roldán.

Bern. Esto importa mas que todo.

Pierr. Si tú le honras de ese modo,
en tí las honras están.

Los carros del bastimento
y las recamaras ricas,

en el batallon de picas
tienen destinado asiento.

Siete mil Caballos son,
y catorce mil Infantes.

Monz. Mosca.

Pierr. Mas qué importa, si antes
se los vende Galalon

al Ejército de España?

Bern. Qué dices?

Pierr. Fué suerte mia
descubrir su alevosía.

Bern. Esa será infame hazaña.

Pierr. Esta noche lo he sabido,
que en ese bosque apretado,

de las sombras ayudado,
lo que han concertado he oído:
y como sirvo á Roldán:-

Bern. De Roldán eres criado?

Pierr. Si señor, y su Soldado.

Bern. Siempre los señores dan
plaza á sus criados.

Pierr. Yo
con su licencia salí,
y la traicion entendí;

mas la dicha me faltó,
pues ya no puedo volver
con el aviso á Roldán,
y los traidores podrán:-

Bern. Sin mí cómo han de poder?

Pierr. Es terrible la ocasion,
y siempre, señor, ha sido
el traidor aborrecido,
y admitida la traicion.

Bern. Solo por eso he de darte

libertad, para que así
no piense el mundo de mí,
que en la traicion tengo parte:
libre estás.

Pierr. Besarte quiero
los pies.

Bern. Tu partida ordena,
y llevate esta cadena.

Dale una cadena.

Pierr. Vuelvo á ser tu prisionero,
que en sus ricos eslabones
y en tu heroyca bizarria,
dirá la libertad mia,
que una cadena la pones.

Monz. Señor, que es Pierres, aquel
criado de Don Roldán

Pierr. Y espero ser Capitan.

Bern. Qué mucho, si honrado y fiel
sirve á su dueño?

Monz. Esto escucho?
y yo no sirvo, señor?
éntrome á ser Batidor,
si el ser Capitan no es mucho.

Bern. Vete, y dí que tuve en poco
de la fortuna ese halago,
que ni del traidor me pago,
ni de la traicion tampoco.
Que la justicia y razon
me prometen mayor gloria,
y no quiero la victoria
por mano de Galalon.

Dí á Roldán, que no admití
la traicion de aquel cobarde,
que de Galalon se guarde,
pero que me busque á mí.
Y esto le dirás tambien
á ese Francés arrogante,
que venga á cobrar su guante,
si pretende quedar bien.
Y que de guardarse trate
de traicion tan conocida,
que yo deseo su vida,
porque mi mano le mate.
Y á Galalon, si algun dia
le vés, que pienso pagar
con mandarle alancear
su traicion y alevosía:
que yo atento á mi decoro,

no pondré la mano en él,
mas que morirá el infiel
á la lanzada de un Moro.

Monz. Y zurdo, que diz que son
peores, si bien me acuerdo:
lanzada de Moro izquierdo
atraviase á Galalon.

Bern. Partid.

Pierr. El saço Laurel
vea tu frente vencedora.

Hace que se vá, y Brabonél le detiene.

Brab. Tened, que yo salto ahora.

Decidle, que Brabonél,
con cinco mil Africanas
lanzas le espera, aunque son
en la Francesa opinion
armas y defensas vanas:
que con ánimo gallardo
desean verse con él
la lanza de Brabonél,
y la espada de Bernardo.

Pierr. Voy con eso.

Monz. Paso, paso,
que á Monzon tambien es dada
su poquito de embaxada.
Digale á Roldán, si acaso
se le ofreciere ocasion,
que es Galalon un aleve,
y que á Bernardo le debe
este aviso y á Monzon.
A Dudon, que está dudando
su fortuna siempre enfermas
y á Gayferos, que Belerma
le está en Sansueña esperando.
A Galvan, que todos van
muy vestidos de Romeros,
porque en sus claros aceros
no los conozca Galvan.

Bern. Acaba, necio.

Pierr. Señor,

luego parto á obedecerte. *Vase.*

Monz. No ha tenido mala suerte
el señor Don Batidor.

Bern. Amigo, á poner la gente
en órden de pelear.

Brab. Tu órden sigo.

Bern. Y á pensar,
que el mas presto es mas valiente.
Aquel

Aquel que acomete, gana
el embite y todo el resto.

Brah. Pues yo para ser mas presto,
traigo cólera Africana;
y si por diversos modos,
ya la ocasion nos convida:-

Bern. Sea España defendida
por Africanos y Godos.

Vase con Brabonél.

Monz. Habiendo de pelear,
me viene á pedir de boca
la ocasion: Pierres me toca,
á Pierres voy á buscar.

Vare.

Salen Roldán Oliveros y Pierres.

Rold. Que eso pasa! que Bernardo
te envia! bizarra accion!

Pierr. Para que de la traicion
te dé aviso.

Rold. El es gallardo:
y cómo fué?

Pierr. Yo llegué
á donde tanta maldad
él y su parcialidad
trataban, y allí escuché
de Galalon todo el caso.
Díxelo á Bernardo, y él,
aunque enemigo, fiel
me dió libertad y paso
para venir á contarte
lo que intenta Galalon,
y afeando la traicion,
se mostró muy de tu parte;
y ésta cadena me dió,
premiando mi accion leal.

Enseñale la cadena.

Rold. Tiene, al fin, sangre Real,
y con su sangre cumplió.
A pesar del Magancés,
hoy se ha visto en un crisol
la lealtad de un Español,
y la traicion de un Francés.

Pierr. Pues guárdese el de Maganza,
que ya esgrimen contra él,
ó Bernardo ó Brabonél,
de dos hierros una lanza.

Oliv. El temor de tu arrogante
Exército á tanto obliga.

Pierr. También me mandó, que diga

vayas á cobrar el guante,
ya que en la ocasion estás
libre del traidor: y pues
él hace como quien es,
tú como quien eres haz.

Rold. Mirad si es temor: y yo digo,
que es bizarría y despejo,
y que es el primer consejo
mejor el del enemigo.
Tan reconocido estoy
á su generoso pecho,
que diera por haber hecho
la accion, quanto valgo y soy.

Tocan dentro al arma.

Oliv. Aquesto es anticipar
los Españoles aceros.

Rold. Pues á pelear, Oliveros,
amigos, á pelear,
que ya solo en esto estrivas
y pues que de la traicion
nos libran de Galalon,
viva Francia.

Oliv. Francia viva.

Dentro ruido de batalla.

Rold. Pero qué es esto? hasta aquí
rayos esgrimiendo llega
un Esquadron de hermosuras,
un milagro de bellezas.
Soldados, tened, tened,
ninguna espada se atreva
á profanar lo sagrado
de tanto esquadron de Estrellas.

*Salen Doña Sol, Doña Leonor, Inés, y las
mugeres que pudieren, con las espadas
desnudas y Monzon.*

Sol. Dexa, Capitan, que todos
peleen, no los detengas,
que en la bizarría de España,
en las nobles Montañesas,
no cabe temor ninguno.

Rold. Ni Francia mide sus fuerzas
con mugeriles aceros.

Monz. Por Díos, que la hicimos buena:
qué de tu tienda salieses
á tanto peligro expuesta!

Sol. Pues yo vine á la campaña
para quedarme en mi tienda,
ó para morir al lado

de un esposo?

Rold. Heroyca prueba

de valor! Quién sois, señora?

Sol. Quien este Esquadron gobierna,
quien rige estas Amazonas,
y quien primero que sepas
quien es, perdiendo la vida,
satisfará tanta deuda.

Del campo soy de Bernardo,

á tus Soldados ordena,

que para mayor victoria

nuestro Esquadron acometan,

que como todo tu campo

le rinda, cautive ó prenda,

no puede alcanzar mas gloria

la Monarquía Francesa.

Mas primero, mas primero

que la victoria merezcas,

ha de costar tantas vidas

de los que audaces lo emprendan,

que de este campo las flores

nadando en sangre se vean,

quedando, sino marchitas,

pálidas, mústias y yertas.

Rol. Si en el campo de Bernardo,

si en sus valientes Banderas

tales Soldados militan,

á la fortuna no tema.

Ocasion me ha dado el Cielo *ap.*

para que en ella agradezca

lo que ha hecho por mí Bernardo.

Francia y el mundo lo entiendan:

Soldados, valientes Pares,

celebrad la accion mas nueva.

Monz. Señor, mira que es:-

Rold. No quiero,

quando ella misma la niega,

que me digas quien es, calla,

ni me avises ni la ofendas.

Monz. Salió en busca de su esposo

tan determinada y ciega

con el esquadron volante

de bizarras Leonesas:-

Rol. Ya te he dicho que no quiero

saber ahora quien sea:

basta saber, que á Bernardo *ap.*

le debo honradas ausencias.

Uu comboy de cien Soldados

con estas señoras vuelva,

hasta dexarlas seguras

en su quartel ó en su tienda,

que si Bernardo envió libre

á mi criado, no es esta

menor accion que la suya;

y tú para que lo sepa,

le dirás lo que ha pasado

y has visto, mas que se queda

nuestra enemistad en pie,

pues á embarazar no llegan

las leyes de cortesía

á los lances de la guerra:

volved, señora, y no os pese

de que yo galan parezca

con las Damas Españolas.

Sol. Pluguiera Dios yo pudiera

hacer que fueseis amigos.

Rold. No es posible.

Leon. Qué nobleza!

Oliv. Sabes lo que has hecho?

Rold. No,

basta que el mundo lo sepa.

Monz. Vamos, señoras, que ya

aquí el comboy nos espera,

y yo me adelanto á darle

á Bernardo aquesta nueva,

para ganar mis albricias,

y pescarle otra cadena.

Rold. Aquesto hace Roldán.

Sol. Roldán sois? el Cielo quiera,

que aquestos odios se acaben.

Rold. Quando España nuestra sea

se acabarán.

Sol. Pues creed,

que ha de durar la pendencia

muchos siglos.

Rold. No me coge

de susto esa mala nueva.

Id soldados, sin faltar

al decoro y reverencia,

comboyando á estas señoras.

Sol. El bronce y el marmol sean

digno blason de tu nombre.

Leon. Gran valor!

Rold. Rara belleza!

Salen Bernardo, Brahonel *Vanse.*

Bern. Buscando á Sol, que per dida

por

por entre aquesta maleza
la lleva su gentileza,
poniendo á riesgo su vida,
vengo, Brabonél.

Brab. Espera,
que si no miente el ruído,
házia acá me ha parecido
que se acerca un hombre.

Bern. O, quiera
el Cielo (sin vida estoy!)
que halle alivio en mi pesar;
quiero salirle á buscar.

Brab. Ya llega.

Bern. Quién es?

Sale Monzon alborotado.

Monz. Yo soy.

Bern. Qué traes? de dónde has venido?
y mi esposa?

Monz. Atiende un rato,
y te diré de varato
rodo lo que ha sucedido.
Tu esposa y todas sus Damas,
retiradas en tu tienda
(para que el Francés no entienda,
que tú te andas por las ramas)
oyendo al arma tocar,
Sol, que es un Cielo y un Mayo,
se adelantó como un rayo
á ayudarte á pelear.

Roldán viendo la arrogancia,
deslumbrándole su cielo,
puso á sus pies por el suelo
todos los Pares de Francia:
tan bizarro y tan atento,
que sabiendo que á un Soldado
suyo libertad le has dado,
te paga cien mil por ciento.

A tus Soles y á tu Sol
comboyándolas te envía:
por Dios, que esta es bizarría
de valeroso Español!
Con lindos desembarazos
te envía tu esposa fiel:
pero en viéndote con él,
te ha de hacer dos mil pedazos.

Tomá señor, mi consejo,
y por una y otra hazaña
dá licencia, que en España

le quitemos el pellejo:
que si conmigo justara,
como ha justado contigo,
yo le tirara al ombigo,
y esta guerra se acabara.

Bern. Heroyca accion! gran victoria!
la fama, el mundo la alabe,
si en humanas lenguas cabe
tanto laurel, tanta gloria.

Venció Roldán, ya venció:
con sola esta bizarría
baxó la balanza mia,
y su balanza subió
á mas supremo lugar:

Brabonél, no hay mas que hacer.

Brab. Sí, mas cayó sobre haber
enseñádole tú á obrar.

Primero fué tu hidalguía,
tú el camino le enseñaste,
á su criado librate
y á él de tanta alevosía;
y aquellas lineas siguiendo,
no pudo errarse.

Bern. Es así:
apénas he vuelto en mí.

Brab. Que todo el marcial estruendo
desprecie un amor constante,
y que se halle en la muger
esfuerzo para vencer
del temor fiero el semblante!

Bern. Ya envidio el Francés valor,
ya deslució la accion mia,
pues pagó mi cortesía
y aun con moneda mejor.
No en la propia me ha pagado,
no, que para mayor palma,
él me restituye el alma,
si yo le vuelvo un criado:
mucho debo á mi fortuna.

Monz. Ten, sin embargo, recelo,
pues Roldán, en quanto al duelo,
no hizo novedad ninguna.

Bern. En eso estamos iguales,
Monzon, que con esa mesma
circunstancia le envié
con su criado la nueva
de aquella traicion cobarde,
de aquella aleve cautela;

y pues frente á frente estamos,
y las enemigas lenguas
no dirán, que nos valemos
de indignas estratagemas;
pues ya ha llegado el certamen,
y la marcial academia
al són de trompas y cajas
nos convida y nos alienta,
hoy es día de vencer
ó morir: ninguno vuelva
cobarde el rostro al peligro,
infame espalda á la ofensa.

Brab. Lo propio digo á los mios;
pero Africanas centellas,
con los bridones Franceses
á escaramucéar comienzan:
Bernardo, vuelve á mirarlos.

Tanc. A nuestro Esquadron se acerca
una Tropa de enemigos.

Monz. Llegue, que á buen puerto llega.

Salen Roldán, Oliveros y Pierres con las espadas desnudas.

Dent. unos. Santiago. *Caxas.*
Dent. otros. San Dionís.

Rold. Soldados, aquí se encierra
la dificultad mayor.

Bern. Eso busca quien pelea.
Embistense, y habiendo peleado en el tablado, se retirán los Franceses, y van sobre ellos los Españoles, volviendo á salir Bernardo y Roldán.

Rold. Ya te ha buscado, Bernardo,
olvida á una parte, dexa
las hidalgas cortesías,
las cortesanas finezas.

Bern. Mas valor es no olvidarlas:
quien las olvida, las niega,
y yo negarlas no puedo,
que siempre es mejor vencerlas,
que negarlas.

Rold. Decis bien:
mientras los campos pelean,
vengo yo á cobrar mi guante,
y á llevarme tu cabeza,
por la sangre que en la justa
derramaste de mis venas.

Bern. No será, Roldán, muy fácil.

Rold. El acero y no la lengua
ha de hablar.

Bern. Muy bien has dicho.

Rold. Pues ajustar la materia,
porque la victoria cante
el que valeroso venza.

Bern. Ya esgrimo el valiente acero:
Rold. Y ya en mi brazo te esperan
los filos de Durindana. *Riñen.*

Bern. Valiente, Francés, peleas.
Rold. Bizarro eres, Español.

Bern. Saqué del Leon la guedexa.
Rold. Tus golpes son poderosos.

Bern. Ahora, Roldán, empiezan.
Rold. Herido, Bernardo, estoy.

Bern. No será la vez primera.
Rold. Sagrada Deidad te anima.
Bern. La razon sola me alienta.

Rold. Bien se vé.
Bern. Rinde la espada.

Rold. Porque ninguno posea
á Durindana, la haré
pedazos en esta peña:
muerto soy: há Roncesvalles,
sepulcro de armas Francesas!

Mete la espada en un peñasco, y cae muerto adentro.

Bern. La espada embayno (qué asombro!)
en el peñasco: gran fuerza,
pero no será menor,
si de bayna tan estrecha.
Saca la espada del peñasco.
yo la sacaré. Murió
Roldán, y su espada es esta,
que en la Armería de Alfonso
pendiente de su correa,
será blason que publique
mi victoria y su tragedia.
Murió el Francés mas bizarro,
y aparte la diferencia
tan reñida, y que á mi Patria
debo amarla y defenderla.
Vive Dios, que me ha pesado,
que la enemistad no llega
á reconocer venganza
en quien bizarro pelea:
pero tan solo he quedado,
que apenas escucho, apenas

de un solo tambor se oyen los golpes de la baqueta.

Qué suceso habrán tenido mis Soldados en mi ausencia?

Cantan. Mas te queda que vencer, mas victoria quieren darte, cuando de los enemigos los menos la hagan mas grande.

Bern. Voz misteriosa, qué dices? mi victoria aun no es bastante mas me queda que vencer? mas contrarios me combaten? Pues viva Alfonso, que yo, para que sus glorias cantes, prodigiosa voz, seré instrumento, cuyas claves, torciendo enemigas cuerdas, ó las temple, ó las quebrante.

Dicen dent. Viva España, y Francia llóre suceso tan lamentable.

Bern. Pero qué miro! mi esposa con un Esquadron volante viene ahora, y decir puedo que el Sol en sus ojos nace.

Salen Sol, Leonor é Inés.

Sol. Bernardo, ya mis temores, en viéndote se acabaron.

Bern. Y en tí, señora, empezaron mis glorias y mis favores.

Leon. Ya de Roldán la arrogancia Francesa has puesto á tus pies.

Sol. Ya mira el campo Francés sin luz las Lises de Francia.

Bern. Si mirándome estuviste, poco tuve yo que hacer: tú me ayudaste á vencer, tú la victoria me diste. Para ofrecerte en despojos la gloria en tan breve plazo, cada golpe de mi brazo era un rayo de tus ojos. Tan tuya, Sol, es la gloria, tan poco me debo á mí, que se paró el Sol en tí para alcanzar la victoria.

Sol. Tu gran valor la ha alcanzado.

Bern. Lo mas que pude yo hacer, fué dar al mundo á entender,

que Roldán no era encantado: y si lo era, no me espanto de tan extraña aventura, que al rayo de tu hermosura se desvaneció el encanto.

Dentro. A los mas profundos valles lanzas llegan y pavese.

Sale Braboné: vestido de Moro.

Brab. Mala la hubisteis, Franceses, la rota de Roncesvalles.

Dentro. Victoria España.

Brab. Ya dan la victoria declarada estas voces.

Bern. Y esta espada la muerte de Don Roldán.

Brab. Murió el Paladín?

Bern. Murió valiente quanto infelice, que al valor no contradice

la dicha del que venció: mas por qué el traje has mudado?

Brab. Porque despues de vencer, quiero esa lisonja hacer al que ofendí despreciado: á mi traje hice este ultraje, y pues tantas dichas veo, quiero gozar el trofeo de la victoria en mi traje.

Bern. No te entiendo.

Brab. Yo sabré darme á entender.

Bern. Quando?

Brab. Luego, pues generoso te entrego la victoria que alcancé. Ahora es ocasion, fortuna, ahora es tiempo de ayudarme, que ufano y vencedor me hallo con Exército bastante para ser dueño de todo, aunque la amistad se acabe.

Bern. Ahora, amigo Braboné, solo falta el ajustarse la materia entre los dos, haciendo partes iguales. Escoge, elige el primero, tratando de contentarte

con la gloria del vencer,
ú el interés del pillage,
ó la honra ó el provecho:
escoge una de estas partes,
porque yo pueda despues
tomar la que tú dexares.

Brab. Modestamente me obligas,
la particion es galante
yo la vanguardia llevé.

Bern. Porque tú me lo rogaste,
que la vanguardia era mia.

Brab. Yo vencí á los doce Pares.

Bern. Ya los habia vencido
ántes que á verlos llegases.

Brab. La gloria del vencimiento
me toca de parte á partes:
de quien vence es el despojo:
segun esto, no te canses,
que todo es, Bernardo, mio.

Bern. Mucho llegará á pesarme,
si soberbio no te ajustas
á pactos tan razonables;
yo le dí muerte á Roldán,
y como tú mejor sabes,
Éxército sin cabeza
puede poco y poco vale.

Brab. Todo es mio.

Bern. Nada es tuyo.

Brab. Sabes quién soy?

Bern. No te alabes.

Brab. Puedo hacerlo.

Bern. No es cordura.

Brab. Es valor.

Bern. Es propio ultraje.

Brab. Brabonél soy.

Bern. Yo Bernardo.

Brab. Valgo mucho.

Bern. Nada vales,
porque quien todo lo quiere,
todo lo pierde y deshace:
seamos, Brabonél, amigos.

Brab. En vano me persuades:
victoria y despojo es mio.

Bern. Qué soberbio está el Alarbe! *ap.*

Brab. Esto ha de ser, vive el Cielo.

Bern. Pues quien no sabe obligarse
de la cortesía, sufra,
que en todo con él se falte;

y ahora entiendo la razon,
por qué de trage mudaste,
y me huelgo, pues ya puedo
en tan diferentes lances,
si te miré como amigo,
como á enemigo mirarte.

Sol. Señor, de los enemigos
los ménos.

Bern. Sentencia grave!
esto aquella voz me dixo:
Moro, trata de guardarte.

Brab. Si haré, que tambien conmigo
habla esta voz que escuchaste:
enemigos sois, y siendo
ménos, seré yo mas grande
en la campaña, te aguardo.

Bern. No es menester que me aguardes:
prevenios, Leoneses mios.

Brab. Lo mismo mi gente hace.

Bern. Ahora veremos si iguala
tu razon á tu corage.

Brab. Verá el mundo mi valor.

Bern. Ninguno podrá culparme,
pues te rogué con lo justo
cortés, quando tú arrogante.

Brab. Al arma toquen las trompas.

Bern. Brame el bronce y gimel parecé.

Brab. Viva Marfirio.

Bern. No viva
sino Alfonso, cuya sangre
en mis venas, deshará
tus Banderas y Estandartes.

Sol. Contra los Moros, quién duda
que podemos ayudarte
las Leonesas Amazonas?

Leon. Ahora es tiempo de emplearse
nuestros aceros, conozca
el mundo nuestras lealtades.

Brab. Al arma, Africanos mios.

Bern. Leoneses, muera el Alarbe.

*Tocan al arma, vane Brabonél por una
puerta, y Bernardo y los suyos por otras;
dase la batalla dentro, y sale Bernardo
peleando con Brabonél y le mata, y
luego salen Sol, Leonor, Tancredo
y Monxon.*

Bern. Esto es lo que me faltaba
por vencer; ya son iguales

Africanos y Franceses.
Brab. Venciste, bizarro Marte,
 y mi soberbia me ha muerto. *Cae.*
Tanc. La fama tus hechos cante.
Sol. Lises y menguantes Lunas
 juntas á tus pies se abaten.
Bern. A los tuyos, Sol, las pongo,
 para que desde ellos pasen
 á los de Alfonso, diciendo
 las venideras edades,
 que yo de los enemigos
 los menos quise dexarle.
Monz. No es nada, vayanle echando
 Braboneles y Roldanes,
 como quien á la tarasca
 caperuzas que se trague.

Leon. Toda la campaña es suya.
Bern. Entre tantos Capitanes
 Tancredo famoso ha sido:
 y pues que debo premiarle,
 suya es Leonor.
Tanc. Soy tu hechura.
Bern. A Leon el campo marche,
 donde se hará el casamiento,
 pues me toca apadrinarles.
Leon. Yo te obedezco.
Bern. Y aquí
 dá fin la segunda Parte
 del de Saldaña, y los Hechos
 en Francia y en Roncesvalles
 de Bernardo, desmintiendo
 hechos y lenguas mordaces.

F I N.

CON LICENCIA: EN VALENCIA, en la Imprenta de Joseph
 y Thomás de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al
 Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se
 hallará esta y otras de diferentes Títulos.

Año 1776.